

Mobius TVEB
46ps

079183
C-1

4-abn/08

20-NOV-08

Seminario de Drama

Seminario Multidisciplinario Josemilio González
Bachillerato de Estudios Interdisciplinarios
Facultad de Humanidades
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras



TRES VIAJES POR LA FUENTE

ABSTRACCION HISTORICA

EN NUEVE CUADROS

P O R

LUIS RECHANI AGRAIT

PERSONAJES

Fray Domingo

Fray Antonio - Fray Antonio

Aldonza - Constanza - Lorenza

Juan Ponce de León

Beltrán

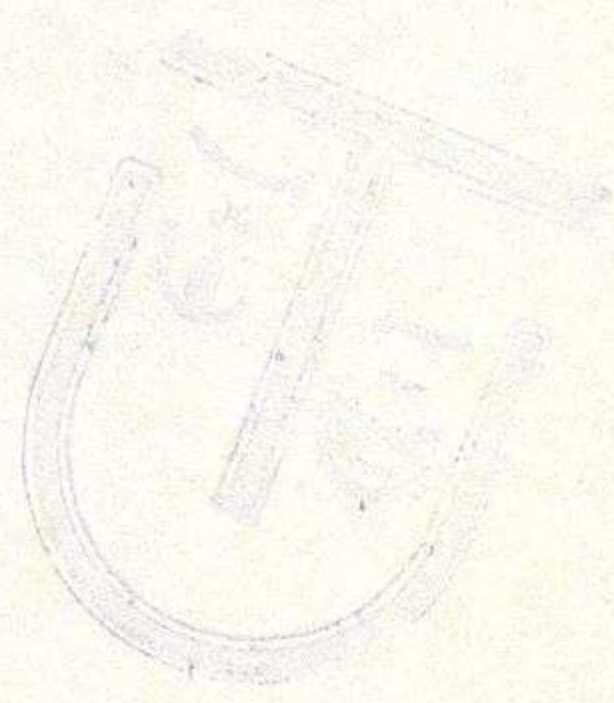
Leonor

Juan González

Pedro Moreno

Secretario

Rey



Insinuaciones impresionistas por decorado. Similarmente el vestuario. Buscar el mito. Luego con un detalle indicar un cambio. Algún mueble indispensable. En escena, todo el tiempo, la Fuente. Profusión de ruidos de afuera. Juegos de luces. Efectos de espectáculo. Fecha y sitio de los cuadros se anunciarán verbal o gráficamente, pero tal vez podría suprimirse esta información en aras de una fluidez perfecta, como de sueño. Los oscuros brevísimos. Unica pausa, el intermedio al terminar el Quinto Cuadro. La dirección sacrificará implacablemente las referencias históricas que obstruyan o demoren la acción.

I

PROLOGO

Julio, 1521. Hospital en La Habana.

Para desesperación de Fray Antonio, que está en escena, se escucha la risa chillona y ordinaria de Aldonza, que ahora entra con Fray Domingo. Los dos frailes son ancianos, franciscanos. Constanza es una moza del mismo linaje de su risa.

FRAY ANTONIO.- ¡En el nombre de Dios, sobrina, que olvidas que estás en un hospital!

ALDONZA.- Es que le contaba a Fray Domingo de vuestro paciente, tío.

FRAY ANTONIO.- ¡Si está prácticamente difunto! Aprende a no burlarte de los muertos. (Se escucha la voz de un moribundo llamando "¡Constanza!")

ALDONZA.- Ahí vuelve a llamarme. ¡Voy!

FRAY DOMINGO.- Me pareció oír que llama a Constanza. (Risa de Aldonza.)

ALDONZA.- Constanza soy yo.

FRAY DOMINGO.- Pero tú eres Aldonza. (El moribundo llama a Constanza.)

FRAY ANTONIO.- A Aldonza le dice Constanza.

FRAY DOMINGO.- ¿Por qué?

ALDONZA.- Pregúntele a él. (Sale riéndose.)

FRAY DOMINGO.- Poco respeta la chica.

FRAY ANTONIO.- Me paso reprendiéndola, pero... ¡Juventud, juventud!

FRAY DOMINGO.- ¿Cómo la habéis traído a La Habana?

FRAY ANTONIO.- Si no hubiese quedado huérfana...

FRAY DOMINGO.- ¡Y a este hospital!

FRAY ANTONIO.- No dábamos abasto con los enfermos, Fray Domingo. Le tuve que conseguir permiso para ayudarme. Después de todo, conviene que la juventud venga en contacto con el dolor, y la enfermedad, y la vejez, y la muerte para que comprenda mejor la vida. Sólo así se saca del cuerpo a Satanás.

FRAY DOMINGO.- ¿Y bien? ¿Cuál es el asunto urgente que os ha hecho llamarme, Fray Antonio?

FRAY ANTONIO.- Perdonad si os he ocasionado molestia.

FRAY DOMINGO.- Ninguna.

FRAY ANTONIO.- Tengo un problema grave de conciencia. Necesito vuestro consejo, siempre sabio. Ese paciente moribundo de que os hablaba mi sobrina... ése que llama a Constanza... no se si darle la absolución.

FRAY DOMINGO.- ¡Hermano!

FRAY ANTONIO.- Ignoro si me dice la verdad o me... Se positivamente que algunas de las cosas que me cuenta no son ciertas.

FRAY DOMINGO.- ¡Mentir en el momento de la muerte! ¡Santo Dios!

FRAY ANTONIO.- ¡No! No es eso. No me atrevería decir que miente.

Sólo que hay anacronismos evidentes en su relato, alteraciones de algunos hechos que yo conozco... Y sin embargo a veces menciona también a personas reales, sucesos que no hay duda de que han ocurrido. Por ejemplo, nombra mucho a Juan González, a quien yo casé el año pasado en

Villa Rica de la Vera Cruz. El primer cristiano casado en la Nueva España y fué por orden de Hernán Cortés...

FRAY DOMINGO.- ¿Juan González, decís?

FRAY ANTONIO.- Mi enfermo alega que es su primo.

FRAY DOMINGO.- ¿Pero existe realmente Juan González? He oído contar aventuras suyas que... francamente...

FRAY ANTONIO.- Como la del asalto de la casa de Montezuma, ¿no?

FRAY DOMINGO.- Exacto. Destruído el puente sobre la calle de agua, Juan González se lanza solo por una viga en llamas. Cuando los demás por fin llegan al patio de la casa, encuentran a González mal herido, a su alrededor dieciséis indios muertos.

FRAY ANTONIO.- Y apenas unos días después, cuando quinientos indios principales hacen la defensa del Templo de Huichilobos - dedicado a bárbaros sacrificios humanos - se levanta Juan González, se presenta ante Hernán Cortés diciéndole que no es día de estar en la cama sino de ganar honra o morir, y se lanza por una escalera de la pirámide - seguido de Cortés por la otra, ciento eatorce escalones cada una - indiferente a los troncos y peñascos y flechas que lanzan desde la altura. Cuando suben los soldados españoles le encuentran desangrándose a chorros, destruida ya por él toda resistencia efectiva. Increíble... Sí... Pero me lo ha contado el propio Hernán Cortés, bajo juramento.

FRAY DOMINGO.- Comprendo vuestro pensamiento. Si existe González, no sería imposible, después de todo, que vuestro enfermo, dijera la verdad.

Escrito por...

FRAY ANTONIO.- Exacto, sólo que...

FRAY DOMINGO.- Que...

FRAY ANTONIO.- Hay una parte de su relato, independientemente de lo que pudiera haber de verdad en el resto, que es pura fantasía.

Fantasia. Pura fantasía. En su historia mezcla a una joven que...

evidentemente... no puedo estar equivocado... es mi sobrina...

Quiero decir, mi sobrina embellecida, transformada... Imaginaciones...

(El moribundo llama a Constanza.) ¿Lo oís? Me ha hecho una larga historia de Constanza, pero llama Constanza a mi sobrina... Y no solo eso, sino que en su historia también mezcla a un fraile... a un fraile que... ¡Vamos! Ya eso raya en la locura. Un fraile que...

FRAY DOMINGO.- ¿Ves? ¿También es mezcla a ves?

FRAY ANTONIO.- Habla de un dominico y yo soy franciscano, pero... en fin... estoy confundido. Diría que a quien tiene en la mente es a mí.

FRAY DOMINGO.- ¿Habéis tenido alguna relación con él antes?

FRAY ANTONIO.- Ninguna, ni jamás estuvimos ni Aldonza ni yo en la Isla de San Juan de Puerto Rico, de donde dice que viene.

FRAY DOMINGO.- ¿Qué nombre da vuestro moribundo?

FRAY ANTONIO.- El reclama ser el Adelantado de las Islas de Florida y Bimini - don Juan Ponce de León.

FRAY DOMINGO.- ¡Imposible!

FRAY ANTONIO.- Es lo que me obsede.

FRAY DOMINGO.- Juan Ponce de León tengo entendido que murió ayer y va a ser enterrado hoy.

- 1 -

FRAY ANTONIO.- Pero éste sostiene que es Juan Ponce de León.
Y yo tengo que darle o no darle la absolución que me pide. (Dobles
de campana.)

FRAY DOMINGO.- Escuchad la campana. No me extrañaría que sea
el entierro del verdadero Juan Ponce de León. (El moribundo llama a
Constanza.) ¿De qué padece vuestro enfermo, Fray Antonio?

FRAY ANTONIO.- Muere de un flechazo mal curado en un muslo.

FRAY DOMINGO.- (Echando a caminar.) Debe de ser un farsante...
O un loco... Quizás un hombre que delira bajo la fiebre... Eso...
O tal vez... tal vez un poeta, un poeta que sueña fantasías. Vayamos
a verlo. Escuchemos su relato. (Entre las campanadas, estalla la
risa de Aldonza.)

II

Envío de los Presos

Julio, 1510. Casa de Ponce de León en Caparra.

PONCE.- (Bermejo, fuerte, ágil, más bien alto, treinta y seis años.) ¡Beltrán! ¡Beltrán!

BELTRAN.- (Joven, hermoso, deslumbrante, entra.) ¡Señor!

PONCE.- ¿Apareció Bono de Quejo?

BELTRAN.- Lo siguen buscando, don Juan. Por todas partes. He mandado tres hombres más a buscarle.

PONCE.- A fe que me llamo Juan Ponce de León que si queda mal conmigo...

BELTRAN.- Después de todo... su situación... Es natural que sienta miedo...

PONCE.- Juan Bono de Quejo ha desafiado cien veces las iras del mar.

BELTRAN.- Pero oponiéndose don Diego Colón a ese viaje... Es lógico...

PONCE.- ¿Qué te sucede? Pregunto qué te sucede.

BELTRAN.- Los acontecimientos, don Juan... La situación es grave...

PONCE.- Sólo un proceso indispensable...

BELTRAN.- Pero su gravedad...

PONCE.- Escucha esto, Beltrán de Artajo. Que no se diga nunca que un hombre que se cría en casa de Juan Ponce de León es un cobarde.

BELTRAN.- ¡Señor! ¡Por favor, Señor! La villa está revuelta.

Pensad que, después de todo, Diego Colón es el Almirante... Enviado por el Rey a la Española a gobernar las Indias del Mar Océano...

PONCE.- Beltrán, tu ilustre padre te mandó a mi casa de criado para que aprendas, no para que enseñes.

LEONOR.- (Entra. Es una hermosa mujer, aunque algo ajada por la dura vida.) Tranquilízate, Juan. Todo saldrá bien.

PONCE.- (A Beltrán.) Anda a buscar a Bono de Quejo. Y no le dejes ver que tienes miedo.

BELTRAN.- Señor, yo...

PONCE.- Anda. (Sale Beltrán.) Les voy a demostrar quien manda en esta Isla de San Juan.

LEONOR.- Tú.

PONCE.- (Cariñoso.) ¡Leonor! A veces... no sé qué sería de mí si no hubiera tenido la suerte de casarme contigo.

LEONOR.- No exageres.

PONCE.- Eres para mí como... ¿Cómo lo diría?... Una fuente maravillosa... de fuerza espiritual... Me das ánimo y me siento invencible.

mas natural

LEONOR.- Lo eres, Juan.

PONCE.- ¿Invencible? Era mi sueño de la juventud en aquellas primeras armas contra los moros de Granada...

LEONOR.- Y ahora, Juan. También ahora. Estás igual de fuerte que entonces. Y de seguro... (¿En amable broma?) Y de joven...

PONCE.- (Jovial.) Contigo a mi lado... sí, correcto. Invencible y joven contigo a mi lado.

BELTRAN.- (Entrando.) Dispensad. Llega don Pedro Moreno...
No, no, ya me iba. Es que al llegar él... (Sale.)

PONCE.- (Yendo a recibir a Moreno.) Es el escribano de minas
que nos mandan de España. Inspeccionará la fundición del oro.

MORENO.- (Entra cuando Ponce va a salir a recibirlo.) Señora...
Don Juan...

PONCE.- Gran honor me hacéis, don Pedro Moreno. (Presentando.)
Mi esposa -Lecnor.

MORENO.- A vuestros pies, Señora. (A Ponce.) A pesar de que...
por mi reciente arribo a la Isla... casi puede decirse que tengo
todavía un pie en la nave que me trajo, he creído mi deber venir a
veros... Esta situación que ha surgido es demasiado grave...

LEONOR.- Hablad vosotros. Yo tengo que preparar un cuarto a
una chiquilla huérfana que viene a vivir con nosotros... Sobrina de
Fray Antonio... Supongo que ya sabréis quien es Fray Antonio...

MORENO.- ¡Oh, sí! Y ella también. Ella venía en la nave que me
trajo. (Como si eso no fuera todo.) Huérfana...

LEONOR.- Mucha felicidad en la isla os deseo, don Pedro.

MORENO.- Gracias. (Sale Lecnor.) Como amigo vuestro que aspiro
a ser, he venido a ver si es posible resolver el conflicto...

PONCE.- No hay conflicto. La decisión está tomada.

MORENO.- Por no estar yo envuelto en la lucha, se me ha pedido
que intervenga... amigablemente. Os urjo -si me lo permitis- que
canceléis el viaje de la carabela.

PONCE.- Perdéis el tiempo. Don Juan Cerón, Don Miguel Díaz de

Aux y el bachiller Diego Morales salen hoy para España. Eso es todo.

MORENO.- ¡Los mandáis presos a los tres en esa carabela!

PONCE.- Correcto.

MORENO.- ¡Después de tenerlos encarcelados dos meses!

PONCE.- No pudieron ir antes. Ya sabréis - el Almirante ha tratado de impedir el viaje. Hasta ha mandado a fletar la nave de Bono de Quejo para que no pueda llevar los presos.

MORENO.- ¡Enviar presos a España a don Miguel Díaz de Aux, alguacil mayor, al bachiller Diego de Morales, su asesor y ayudante, y a don Juan Cerón. ¡Don Juan Cerón, el Gobernador!

PONCE.- Os equivocáis. El Gobernador soy yo.

MORENO.- Pero, don Juan, ¿tan seguro estáis de vuestro derecho?

PONCE.- ¿Derecho? Yo conquisté esta Isla. Yo fundé esta villa de Caparra. Yo...

MORENO.- No, no. Se de vuestras expediciones, bajo vuestro convenio con el Comendador Ovando. Pero luego ha venido a gobernar las Indias el hijo de Colón, don Diego. El nombró Gobernador a Cerón en octubre pasado. Y vos le hicistéis la entrega del cargo, porque sólo lo desempeñabáis todavía con carácter interino.

PONCE.- El Rey me mandó hace dos meses el nombramiento permanente de Gobernador y Capitán y juez. Se lo mostré a Cerón. Traté de seguir gobernando con pretextos legales.

MORENO.- Vuestro criterio tiene fama de mesurado y práctico, pero en este caso... El Almirante reclama sus derechos hereditarios...

PONCE.- ¿Estáis por Cerón?

MORENO.- Por la concordia.

PONCE.- Yo por la ley. Eso es lo que quiero establecer aqui.

Un gobierno de ley. No permitiré que nadie desafie ni evada un nombramiento real. Los presos salen hoy.

MORENO.- Pero Bono de Quejo no aparece para capitanear la nave.

PONCE.- Saldrán tan pronto aparezca Bono de Quejo.

MORENO.- No aparecerá.

PONCE.- ¿Por qué aseguráis tal cosa?

MORENO.- Partidarios del Almirante lo han amenazado de muerte.

PONCE.- Don Pedro, los compromisos conmigo se cumplen.

MORENO.- Por favor, don Juan, comprended el espíritu en que os hablo. Cualquier fanático, cualquier buscador de favores, si no ya una mano comprada, podría creer que halaga al Almirante si... si... una mano comprada, podría creer que halaga al Almirante si... si...

PONCE.- ¿Si asesina a mansalva a Bono de Quejo?

MORENO.- A vos.

PONCE.- Dijistéis que queríais ser mi amigo.

MORENO.- ¡Claro!

PONCE.- Pues permitidme deciros que no tolero que mis amigos me presionen en esa forma.

MORENO.- ¡Don Juan! ¡No vayáis a creer que estoy con ellos!
Yo...

PONCE.- Esta es mi última palabra. Bono de Quejo irá en ese barco, aunque sea colgado del palo mayor.

BELTRAN.- (Entrando.) Se están formando dos partidos en la calle, don Juan. Los que están con vos y los que están con el Almirante.

PONCE.- ¿Y mi alguacil mayor dónde está?

BELTRAN.- Don Cristóbal de Sotomayor custodia los presos.

PONCE.- Y al frente del grupo de los mios, ¿quién se ha puesto?

BELTRAN.- Juan González, señor.

PONCE.- ¿Juan? Lo creía al otro lado de la Isla.

BELTRAN.- Ha venido a contarnos de quejas de los indios del Ceste contra Sotomayor... A decirnos que se casa con una chica del Aguada. Y también a...

PONCE.- ¡Basta! Ve a la cárcel. Que les pongan cadenas a los presos. Cadenas he dicho. Aguarda. ¿Y Bono?

BELTRAN.- No lo han hallado aún.

PONCE.- Vete. Cadenas. ~~(Sale Beltrán.)~~ Lamento mucho, don Pedro, tener que interrumpir la entrevista. Iré yo a buscar a Bono de Quejo.

FRAY ANTONIO.- (Es un fraile dominico prácticamente igual que el que vimos en el Prólogo.) La paz de Dios...

MORENO.- Perdonad, Fray Antonio. Ya me marchaba. (A Ponce.) Recordad -el Rey os agradecería más que un embarque de presos un embarque de oro. Oro fundido. Guanines. Perlas y aljófara. Y buenas noticias de las granjerías que le administráis. Que no ha habido huracanes. Que no ha habido plagas. Que están contentos los indios. Que no hay motivos para pleitos del Almirante. Con Dios os dejo. (Sale Moreno.)

PONCE.- Vaya él con vos. (A Fray Antonio.) Neutral por conveniencia. Acabará sirviendo al Almirante.

FRAY ANTONIO.- Don Juan, este humilde fraile...

PONCE.- Supongo que habéis traído a vuestra sobrina.

FRAY ANTONIO.- Con doña Leonor y vuestras tres hijas acabo de dejarla.

PONCE.- En otra ocasión hablaremos de ella. Las circunstancias me obligan a salir...

FRAY ANTONIO.- (Deteniéndolo.) No es de mi sobrina que debemos hablar ahora. Aguardad. Escuchadme. No, no os vayáis a disgustar conmigo. Como vuestro consejero espiritual que soy desde que gobernabais la provincia del Higüey en La Española debo deciros mi pensamiento. Vos me trajisteis aquí. (Se escuchan gritos afuera en favor y en contra de Ponce y Cerón.)

PONCE.- Dejadme pasar.

FRAY ANTONIO.- Esta pugna no es por personalidades. Es por el poder de repartir los indios para sacar el oro de las minas. No vino aquí la cruz para esa abominación.

PONCE.- (Por los gritos, que se repiten.) Esta isla no se va a gobernar con gritos. (Leonor entra con la espada de Ponce y empieza a ceñirse.)

FRAY ANTONIO.- ¿Es esa toda vuestra respuesta?

PONCE.- (A Leonor, conteniéndose.) ¿Qué opinas tú, Leonor?

LEONOR.- No se lo que discutís, pero yo confío en ti.

PONCE.- Ya veis. Hay quien confía en mí, Fray Antonio.

FRAY ANTONIO.- Y yo confío en vos. Y muchos más confiamos en vos. Pero si no es el oro la razón que os mueve, ¿cuál es? ¿Cuál?

PONCE.- Fray Antonio, yo no vine aquí a esclavizar indios. Lo dice el Convenio con Ovando. Ni vine tras el oro, es lo dice mi conciencia que conocéis tan bien como yo. El oro para mí es solo el medio indispensable para un fin, para un sueño... Mi propósito está en marcha, mi sueño comienza a realizarse...

LEONOR.- Yo estoy orgullosa de ti, Juan. Siempre lo he estado. Lo estaré siempre. Yo tengo fe en tu sueño. Sigue adelante, sin vacilaciones. (Sale.)

FRAY ANTONIO.- ¿Qué sueño? ¿Qué sueño?

PONCE.- Dispensad un momento. Se que va a su cuarto ahora a rezar por mí. Debo hablarle.

② BELTRAN.- (Entrando.) ¡Señor! Buenas nuevas. Lo encontraron. Inigo de Zúñiga y Miguel del Toro encontraron a Bono de Quejo.

PONCE.- ¿Por qué se retrasaba? ¿Amenazas de muerte?

BELTRAN.- No hizo caso de ellas. Pero también lo amenazaron hacerlo prender por deudas si hacía el viaje.

PONCE.- No se puede prenderle el cuerpo por causa civil a un hidalgo.

BELTRAN.- El temor de Bono era al escándalo. Pero al conocer vuestro enojo decidió arrostrarlo todo por serviros. Ya está en el barco. (Grandes gritos en la calle.)

FRAY ANTONIO.- Escuchad, don Juan.

BELTRAN.- ¡La cárcel! Había un gentío frente a la cárcel. Los partidarios del Almirante estaban por asaltarla para liberar los presos...

PONCE.- Buena ocasión para que aprendas a bregar con una much-

Hay mucha narración de acciones

dumbre. Anda a armarte. Me alcanzas en la cárcel.

BELTRAN.- (Vacilante.) Sí, señor, sí. En seguida. (Sale.)

FRAY ANTONIO.- ¿Qué vais a hacer?

PONCE.- Llevar yo mismo los presos al barco. (Va a salir.)

FRAY ANTONIO.- ¿Pero si os presentan resistencia los amigos del Almirante?

(Entra Constanza)

PONCE.- El Rey nuestro Señor mandó que es su merced y voluntad que si yo entendiese que es cumplidero a su servicio y a la ejecución de su justicia que cualesquiera vasallos se vayan a presentar ante él, que yo lo pueda mandar de su parte, y los que yo mande a salir, él los manda salir. He sido tolerante. He sido mesurado y transigente. Lo que hay aquí de civilización yo lo traje. Yo traje el idioma, la cultura, la justicia, la religión. Estabáis en la España y me visteis abandonar la gobernación del Higüey, mi hacienda, mi seguridad y mi familia con hijos pequeños para venir a conquistar y poblar esta isla. ¿De qué condición, Fray Antonio, somos los soldados españoles para no ir adelante en cumplimiento de nuestro deber y apoyo de nuestra honra? No es terquedad. Ni tampoco es sed de oro. Yo no vine tras el oro, como dijisteis, Fray Antonio. Vine tras un sueño. Un bello sueño. Un gran sueño. Vine a establecer un pueblo. Un pueblo con leyes, con respeto por las leyes, con disciplina, con orden. No toleraré que nadie me impida fundar en esta isla ese pueblo. Los presos salen ahora mismo para España, junto con todos los demás que se me atraviesen en el camino.

CONSTANZA.- (Que ha entrado al empezar Ponce su discurso, estalla

en una risa alegre y cantarina. Todos los ojos se fijan en ella. Constanza, aunque se parece muchísimo a Aldonza, es encantadora.) ¡Perdón! No puedo resistir la risa cuando veo a un señor de edad regañando.

PONCE.- ¿Quién es? ¿Vuestra sobrina?

CONSTANZA.- (Asintiendo.) Constanza.

FRAY ANTONIO.- (Turbado.) Constanza, mi sobrina.

CONSTANZA.- ¿Y vos? Me imagino quien sois.

FRAY ANTONIO.- Tu benefactor. Don Juan Ponce de León.

CONSTANZA.- ¡El famoso don Juan!

PONCE.- Perdonad, Fray Antonio, debo cumplir mi deber.

CONSTANZA.- Pero, señor, son muchos en la calle, y si no respetan vuestra edad...

PONCE.- (Iracundo.) Mi edad es sólo treinta y seis años. (Bien porque no le cree o porque le parecen muchos o por el tono de don Juan, Constanza ríe.)

FRAY ANTONIO.- (Turbado.) Treinta y seis, niña, treinta y seis...

CONSTANZA.- (Burlona.) ¿Nada más? (Ponce la hace callar con los ojos.)

PONCE.- Leonor os atenderá. (Sale.)

FRAY ANTONIO.- Has sido una tonta. ¡Una tonta!

CONSTANZA.- Es que tanta furia... un anciano de treinta y seis años...

FRAY ANTONIO.- Deberás aprender a dominarte. Me has hecho pasar una vergüenza. Tienes el demonio en la sangre. Has molestado a don

Juan, que te acoge en su casa. ¿No ves que es un hombre que está
tratando de fundar un pueblo? ¿Un hombre excepcional?



CONSTANZA.- ¿Excepcional?

FRAY ANTONIO.- Excepcional... (Constanza ríe. Entra Beltrán,
con su espada, su casco y su rodela.) Ya se fué don Juan. Date
prisa. (Sale Beltrán. Gritos en la calle.)

CONSTANZA.- (Que se ha quedado deslumbrada por Beltrán.)

¿Quién es?

III

Sublevación

Enero, 1511. Casa de Ponce de León

LEONOR.- Está corroborado. Los indios ahogaron a Salcedo para averiguar si los españoles no somos inmortales.

FRAY ANTONIO.- Entonces...¿cree don Juan que lo ocurrido con Salcedo tiene conexión con lo de hoy?

LEONOR.- Cree que los indios tienen un plan general.

FRAY ANTONIO.- (Por rasgueos de guitarra que se han venido oyendo.) ¿Quién toca?

LEONOR.- Constanza.

FRAY ANTONIO.- ¿Guitarra? Un instrumento del populacho tenía que ser...

LEONOR.- (Dulce.) Le enseña a Isabel...

FRAY ANTONIO.- (Tratando de salir de la situación.) ¡Juventud! Ya no saben qué más inventar... (Volviendo a su enojo.) Pero... no está enseñando a vuestra hija ahora. Toca. De todos los días, hoy.

LEONOR.- Estáis nervioso. ¿Hay miedo en la villa?

FRAY ANTONIO.- Circulan muchos rumores... y siempre están los amigos del Almirante, que critican... ¿Qué se ha sabido de Cerón?

LEONOR.- Los tres presos continúan bajo fianza en España.

FRAY ANTONIO.- Quisiera que don Juan hubiera regresado de los campos.

LEONOR.- Necesita atrapar a alguno de los indios que han huido.

FRAY ANTONIO.- Hasta los dos naborias que me servían en la

capilla, que parecían ya casi listos para el bautizo, no aparecieron esta mañana. Desaparecidos todos como seres invisibles... (La idea se le ocurre de pronto.) ¡Don Juan se expone a una emboscada!

LEONOR.- Cúmplesu deber.

FRAY ANTONIO.- ¡Somos tan pocos si estalla una rebelión de los indios! Y motivos grandes tiene Dios para abandonarnos a su venganza.

LEONOR.- ¿Qué motivos?

FRAY ANTONIO.- El uso que se ha dado a las encomiendas. Eran para cristianizar, no para oprimir. Ved el caso del Cacique Agüeybana, el Rey de los indios. El Almirante se lo entregó a Cristóbal de Sotomayor, hijo de una Condesa, ex Secretario de la Reina Juana, Teniente gobernador... Funda un pueblo en una ciénaga y le pone el nombre de su familia, Tavora. Y ahora que los mosquitos han acabado con Tavora, traslada sus habitantes al Aguada en el entendimiento de que Aguada se llamará en adelante la Villa de Sotomayor... Honra, fama, prosapia, linaje... ¡Qué puede importarle a Agüeybana ser esclavo de todo eso! El abismo que hay entre esos dos hombres se llenará de sangre.

LEONOR.- Juan ha tratado de liberar a Agüeybana.

FRAY ANTONIO.- Pero Sotomayor apeló ante el Rey.

LEONOR.- No desesperéis. Sotomayor salió la semana pasada para Guaynía, el incayeque de Agüeybana en las riberas del Coayucc. Juan le exigió que llegase a un acuerdo con Agüeybana.

FRAY ANTONIO.- Oíd esa guitarra otra vez... No le importa a esa niña lo que ocurra... (Pisadas de caballos y voces en el patio.)

¿Regresa don Juan?

LEONOR.- (En broma, yendo a la ventana.) Nunca ví a un hombre de Dios con tanto miedo.

FRAY ANTONIO.- Por las almas de los demás... Por los inocentes...

CONSTANZA.- (Entrando.) No sabía que estabais aquí, tío. (A Leonor, que ya lo sabe en la ventana.) Parece que llega don Juan.

LEONOR.- Perdonad. (Sale.)

FRAY ANTONIO.- (Duda si seguirla y va a la ventana.) Sí, al fin. Es él. (Va a salir.)

CONSTANZA.- ¿No vais a dejarlos saludarse? Querrán estar solos, tío. (Ríe.)

FRAY ANTONIO.- Tú ríes, ríes y ríes, mientras se cierne sobre nuestras cabezas el peligro de una rebelión que nos deje a todos sin vida...

CONSTANZA.- Habláis como si yo fuera la responsable. Regañad a Guanina.

FRAY ANTONIO.- ¿Quién es Guanina?

CONSTANZA.- La hermana de Agüeybana... La querida de Sotomayor.

FRAY ANTONIO.- ¿Constanza! (Se persigna.)

CONSTANZA.- Tío, yo no tengo la culpa de que Guanina, la hermana de Agüeybana, sea la querida de Sotomayor.

FRAY ANTONIO.- No repitas la palabra.

CONSTANZA.- Es joven y hermosa. Oí la conversación cuando Sotomayor se comprometió a ir a hablar con Agüeybana.

FRAY ANTONIO.- ¿Fisgando detrás de las puertas? (Constanza ríe socarrona.)

CONSTANZA.- Agueybana se la tenía prometida al Cacique Guarionex, que la reclama con grandes amenazas. Sotomayor no está dispuesto a entregarla.

FRAY ANTONIO.- Pero ésa puede ser la chispa que encienda la insurrección.

CONSTANZA.- Guanina le ha advertido a Sotomayor que los indios planean matarlo.

FRAY ANTONIO.- ¿Eso existe?

CONSTANZA.- Lo dijo Sotomayor. Y don Juan le contestó que lo sabía, porque Juan González, pintado con jagua y achiote como un indio, lo había averiguado en un areyto.

FRAY ANTONIO.- Amor, amor, y ya nadie más por culpa de ese amor culpable podrá amar tranquilo en la Isla. Ven, Constanza, has hablado cosas que no debes. Dí conmigo unas oraciones...

CONSTANZA.- Pero, tío, yo estoy de acuerdo con que Sotomayor ame a Guanina. Y que pelée por ella.

PONCE.- (Entrando, a Leonor, que le sigue.) Prepáralo todo en seguida. No tardarán en venir a buscarme, con la tropa que me reclutan.

LEONOR.- Todo estará listo en un momento. (Sale.)

FRAY ANTONIO.- ¿Crece el peligro?

PONCE.- La defensa de la villa está ya organizada por si fuese necesario durante mi ausencia.

FRAY ANTONIO.- ¿Qué ocurre?

PONCE.- ¿No lo sabéis aún? La noticia está en la calle. Los indios de Agueybana mataron a Sotomayor. (A Constanza.) ¿Dónde está

Beltrán?

CONSTANZA.- Fué a ver al sastre.

PONCE.- ¿Para qué?

CONSTANZA.- Un uniforme nuevo.

PONCE.- ¡Tonto!

FRAY ANTONIO.- ¿Estáis seguro de que es aviso fidedigno el que habéis recibido?

PONCE.- Aviso del único sobreviviente de la partida con que salía Sotomayor de Tavora cuando los indios lo atacaron - Juan González. Malamente herido, perdido y delirando, cargado por indios amigos, llegó a la estancia de Andrés López en el Tca. Sotomayor se negó a dejarse guiar por él.

CONSTANZA.- (Sin lograr que Ponce le haga caso.) Don Juan...

PONCE.- (Acomándose a la ventana.) ¡Eh, tú, Mateo! Anda a ver por qué se retrasan. (Regresa rápido a la ventana.) ¡Mateo! Esa lanza. Recórtala. Te dije que hay que hacerlas más manuales para pelear en la espesura.

FRAY ANTONIO.- Si castigáis a Agüeybana vendrá la guerra.

PONCE.- Posiblemente haya venido ya. Juan González, en su delirio, se pasa clamando: "Defended a Aguada. Los indios la atacan mañana."

FRAY ANTONIO.- No llegaréis en dos días.

PONCE.- Mañana pudiera ser el día después que lo hirieron.

FRAY ANTONIO.- ¡Estaría destruida ya! ¡No! Me niego siquiera a suponerlo. No puede concluirse nada de las pesadillas de un hombre

que delira...

PONCE.- (Vuelve a asomarse impaciente a la ventana.) Tardan...

CONSTANZA.- (Que ha estado por hacer la pregunta varias veces, sin haber logrado hasta ahora atención.) Don Juan, ¿qué será de Guanina? ¿La mujer que Sotomayor amaba? Ella le advirtió a tiempo. Dejádla en libertad.

PONCE.- Guanina no vive. Se mató al saber la muerte de Sotomayor. (Constanza luego de una primera reacción de pena, ríe para sí misma.) Constanza, las indias también saben amar.

CONSTANZA.- Ella era joven...

PONCE.- Los jóvenes también mueren, Constanza.

CONSTANZA.- Pero es que él... él era... era... (Ríe.)

PONCE.- (Con ira.) Sí, sí. Era tres años más viejo que yo.

FRAY ANTONIO.- Calla. Apártate. Doña Leonor te espera.

CONSTANZA.- No vayáis a esa misión, don Juan.

FRAY ANTONIO.- ¿Qué dices, niña?

CONSTANZA.- No salgáis a pelear con Agüeybana.

PONCE.- ¿Por qué?

CONSTANZA.- Id mejor a Bimini.

FRAY ANTONIO.- ¿De qué hablas?

CONSTANZA.- Castigar a unos salvajes, ¿qué puede aumentar vuestra honra? Buscad lo nuevo, lo grande... Lo maravilloso.

FRAY ANTONIO.- ¿Qué es lo maravilloso?

CONSTANZA.- Me lo ha dicho una naboria. Bimini es una isla en que hay una fuente que renova.

FRAY ANTONIO.- Disparates.

CONSTANZA.- Lo dicen.

FRAY ANTONIO.- ¡Supercherías!

CONSTANZA.- ¿No es cierto que los indios lo dicen, don Juan?

PONCE.- (Ruidos y voces afuera.) Ahí llegan por fin los hombres que van conmigo. (Cuando va a salir.) Es cierto que lo dicen, Constanza. La fuente. Lo maravilloso. Pero deslucida labor, no menos grande, es dejar fundado un pueblo.

CONSTANZA.- No os arriesguéis como Sotomayor, don Juan. Buscad la fuente de la juventud, y os amarán más que a él las mujeres, Bimini, don Juan.

PONCE.- Tavera, Aguada... Guaynía... Es mi deber.

BELTRAN.- (Entrando, seguido de Leonor.) ¡Señor! ¡Señor! Algo terrible ha ocurrido. Los habitantes de Aguada - hombres, mujeres y niños - llegan a pie en busca de refugio. Los indios del Cacique Guarionex destruyeron la población el viernes a mediodía. (Frey Antonio y Constanza corren a la ventana.)

PONCE.- ¿Luis de Añasco?

BELTRAN.- Dirige la marcha casi moribundo desde una hamaca.

PONCE.- ¿Diego de Salazar?

BELTRAN.- Improvisó una defensa desesperada en la plaza y está mal herido.

PONCE.- ¿Muertos?

BELTRAN.- Entre las mujeres, la novia de Juan González... Y también... En total...

FRAY ANTONIO.- ¡Teas de tabonuco, el fuego de Dios! No puede esclavizarse a un pueblo.

PONCE.- ¿Están ya ahí todos los cincuenta hombres que me reclu-
taban?

BELTRAN.- ¿Cincuenta? Apenas hay veinte ahí, Señor.

PONCE.- No puedo esperar más. (A Leonor.) ¿Mi svio?

LEONOR.- Está listo a la puerta.

BELTRAN.- Señor, ¡para las ruinas de Aguada con sólo veinte
hombres!

PONCE.- No. Para Guaynía. A sorprender a Agüeybana en su
propia rancharía del Río Coayuco.

FRAY ANTONIO.- ¡Estáis loco!

BELTRAN.- Es un suicidio.

PONCE.- Dirás a los demás que se alcancen, Beltrán. Los
hombres que vienen de Aguada regresarán conmigo.

BELTRAN.- Son una multitud de heridos, cojos, desangrados...
Diego de Cuéllar, manco... No hallaréis viveres en el camino. De
las haciendas sólo quedan carbonos...

PONCE.- Los indios nos creían inmortales. Se aterrarán cuando
vean peleando en las márgenes del Coayuco a los mismos hombres que
suponían muertos en Aguada... (Desde la ventana.) Voy. (A Beltrán.)
Te quedas por si atacan a Caparra. (A Fray Antonio.) Ocupaos vos de
las mujeres y los niños... Que llame a los vecinos el esquilón de la
capilla... Leonor, tú lo ayudarás. (A Beltrán.) Que Muriel traiga
alimentos de las granjerías del Tea.

BELTRAN.- Sí, señor. Se lo diré.

LEONOR.- (Cuando Ponce va a salir.) Dios sea contigo siempre,
Juan.

PONCE.- No, contigo, y nuestras tres hijas y nuestro hijo Luis.
Les daré de paso un beso. (Sale con Leonor.)

FRAY ANTONIO.- (Algo perdido.) El esquilón... La capilla...
Los niños... (Sale tras ellos.)

CONSTANZA.- (De unos pasos hacia la ventana.) ¡Qué lástima que
sea tan viejo!

BELTRAN.- (Que vacila si seguir tras Ponce o ir a la ventana.)
¿Don Juan?

CONSTANZA.- (Cogiéndole una mano para llevarlo a la ventana.)
Me encantaría casarme con un capitán así de bravo y audaz.

BELTRAN.- ¿Constanza! ¿Y yo?

CONSTANZA.- ¡Descuida! Es un anciano. Le sería infiel contigo.
(Riendo a carcajadas llega a la ventana. Grita a los hombres que
esperan abajo.) Ya va don Juan. (Respuestas confusas aisladas y en
seguida voces recibiendo a don Juan.)

IV

Victoria y derrota

Julio, 1511. Plaza de Caparra, alternando luego con sala de Ponce de León.

Aires marciales y alegres. La villa está de fiesta. Celebra el triunfo de Ponce en el Yagüeza.

MORENO.- (Le habla al pueblo desde el hueco de una puerta terrera con antepecho de balaustras que le sirve de tribuna. No se ve el auditorio.) Os va a hablar ahora el valiente soldado, el capitán extraordinario don Juan Ponce de León. (Ovación.) Algunos de vosotros lo visteis peleando dentro del agua del Río Coayuco en el ataque por sorpresa que lanzó contra Agüeybana. No se hubiera ganado aquella batalla desigual sin su espada. Y volviendo luego hacia el Norte, en las márgenes del Yagüeza, rodeado de cinco mil indios que lo acosaban con flechas envenenadas, ha logrado la victoria decisiva contra la insurrección y la barbarie. Huyeron los indios cargando el cadáver de Agüeybana y se ha pacificado la tierra. (Aplausos.) El será muy breve porque aun tiene abiertas sus heridas. (Rumores.) ¡Honor, honor, a nuestro Gobernador, don Juan Ponce de León! (Aplausos. Ponce viene a la puerta, atraído por Moreno, y recibe una ovación.) Cuidad vuestras heridas. (Sale.)

PONCE.- Compañeros: necesitamos paz, paz, paz. Y la paz sólo se consigue con justicia para los indios. (Rumores.) Hay que tratarlos igual que a los cristianos. (Rumores.)

VOZ DE FRAY ANTONIO.- (Desde la plaza.) ¡Muy bien, don Juan, muy bien!

PONCE.- Gracias, Fray Antonio. Haya unión entre nosotros, compañeros. No sigamos dividiéndonos en bandos. Cooperemos todos en el programa de progreso y bienestar que tenemos por delante. Su alteza el Rey Fernando tiene especial interés en poblar esta Isla de su propia mano. El ha dispuesto que los navíos que vayan de España a la Española hagan escala en San Juan. (Aplausos.) Ha ordenado el establecimiento del comercio libre con la Española. No más doble tributación. (Aplausos.) Y lo más importante de todo es que Su Alteza el Rey Fernando - a sólo cinco años de que llegamos a estas playas, sin esperar el pleno desarrollo de nuestra economía, ha dispuesto que nuestra Isla goce de las mismas libertades y privilegios que la Española. (Ovación.) Tenemos en proyecto la construcción de dos hospitales. (Aplausos.) Hemos estado considerando la idea de dar préstamos a largo plazo para la construcción de ingenios de azúcar. Y lo haremos.

UNA VOZ.- ¡Bien! ¡Ayudar la agricultura!

UNA VOZ.- ¡Viva la industrialización!

PONCE.- En cuanto al problema de la transportación, el Rey nos ha hecho la merced de concedernos por cuatro años el dinero de las penas de Cámara para que construyamos los caminos, puentes y calzadas que tanto necesitamos.

UNA VOZ.- Era tiempo. Estamos ya en 1511. (Risas.)

PONCE.- A petición del Rey, estamos haciendo nuestro primer censo.

VOZ DE BORRACHO.- ¡Que no ponga^M a mi mujer! La voy a devolver

a España. (Risas y "silencio, estás molestando".)

PONCE.- Como sabéis, con grandes trabajos hemos hecho ya dos fundiciones de oro. Le hemos mandado diez mil pesos al Rey.

VOZ DE BORRACHO.- Nos llevan el oro. (Risas y ¡sh! ¡Sh!)

PONCE.- Haremos ahora nuestra propia casa de fundición.
(Aprobación.) Así tendréis dinero efectivo para vuestras compras.
(Grandes aplausos.)

VOZ DEL BORRACHO.- ¡Adiós mis cuartos! (Risas y luego el sonido de una bofetada. Alboroto.)

PONCE.- ¡No! ¡No! No lo atropelle nadie. ¡Quietos!

UNA VOZ.- Estaba molestando.

PONCE.- ¡Quietos todos! No quiero abusos.

FRAY ANTONIO.- (Apareciendo en el balcón junto a Ponce. Confidencial.) ¡Don Juan, don Juan! Tengo que hablaros en seguida en privado.

PONCE.- Luego, Fray Antonio. (Al pueblo.) Haya unión, unión, unión.

UNA VOZ.- ¿Unión? ¿Dónde están Cerón y los otros presos?

PONCE.- En España, bajo fianza, pendientes de su proceso.
(Risas y protestas. Fray Antonio desaparece decepcionado porque Ponce no lo atiende.)

BELTRAN.- (Apareciendo en la tribuna.) Don Juan, Fray Antonio tiene algo urgente que deciros... (Se va cuando Ponce no le hace caso.)

UNA VOZ.- Bono de Quejo está en peligro de muerte por llevar

los presos a España.

PONCE.- El Rey Fernando hace meses que expidió una proclama tomando a Bono de Quejo bajo su seguro y amparo y defendimiento real contra el Almirante.

VOZ DEL BORRACHO.- Una puñalada se la dan a cualquiera. (Lo mandan a callar. Fray Antonio aparece de nuevo en la tribuna tratando de hablar con Ponce.)

UNA VOZ.- Yo lo que quiero saber es cuando se van a subastar los prisioneros que les tomamos a los indios.

UNA VOZ.- Hay que herrarlos en la cara. Subastarlos para esclavos. (Aprobación.)

FRAY ANTONIO.- ¡No! ¡No! En nombre de Cristo, ¡no! (Voces: Sí, sí.)

UNA VOZ.- Juan González cree que deben ser pasados a cuchillo.

PONCE.- ¿Dónde está Juan González?

UNA VOZ.- En su estancia. Ya curó de sus heridas.

PONCE.- Entre los prisioneros hay mujeres indefensas y niños inocentes.

UNA VOZ.- ¡No vais a traicionar ahora nuestros esfuerzos! Yo recibí dos cuchilladas igual que vos. Son prisioneros de guerra. Guerra que ellos iniciaron. Hay que hacer un castigo ejemplar. ¡Cómo en Europa! ¡Que sean esclavos todos! (Aprobaciones. "¡Como en Europa!" "¡Como en Europa!")

FRAY ANTONIO.- ¡Criminales! (Contestaciones confusas.)

PONCE.- He consultado el caso a España. Yo por mi cuenta no

estoy dispuesto a herrar ni matar mujeres y niños. (Rumores.)

VOZ DEL BORRACHO.- ¡Viva don Juan! (Grandes vivas.)

BELTRÁN.- (Apareciendo en la tribuna.) Don Juan, se ve que os duelen las heridas.

PONCE.- No.

FRAY ANTONIO.- Es muy grave y urgente lo que tengo que deciros.

PONCE.- Esperadme en casa.

UNA VOZ.- ¿Es cierto que el Almirante os ha embargado todos vuestros bienes en la Española? (Desaparecen Fray Antonio y Beltrán.)

PONCE.- El Rey le ha ordenado que los desembargue. Pero no os preocupéis por lo que me ocurra a mí personalmente, allá o aquí. Lo que en definitiva contará será lo que hagáis todos vosotros, juntos, si queramos dejar fundado un pueblo. (Ovación.) Decidle vosotros mismos. ¿Queréis fundar un pueblo? (Clamoroso "sí".)

VOCES.- ¡Aquí están! ¡llegaron! Los indios que vienen ^a _{terse} llegaron. ¡El Cacique Caguas! ¡El Cacique Don Alonso! (La acción se traslada a la sala de Ponce. Constanza viene aplaudiendo de la ventana.)

CONSTANZA.- De lejos parece hasta joven. (Siguen las ovaciones en la plaza. Constanza ríe.)

LEONOR.- (Entrando con Fray Antonio.) ¿Es muy grave asunto, decís?

FRAY ANTONIO.- Muy grave. Ya os lo he dicho - muy grave.

LEONOR.- ¿Vendrá Juan en seguida?

FRAY ANTONIO.- Ese deseo. Constanza, nos dejas solos cuando

llegue don Juan.

CONSTANZA.- Se acerca a la ventana, inquisitiva, y ve a don Juan, que está llegando.) Ahí viene, tío.

BELTRAN.- (Entrando.) Ya viene don Juan, Fray Antonio. ¿Qué ocurre?

FRAY ANTONIO.- Deja, deja. Se lo anticipé a don Juan. No quiso escucharne. Ahora vendrán las consecuencias. Se me hace la cabeza un mar de confusiones.

PONCE.- (Entrando.) ¿Qué diablos sucede, Fray Antonio?

LEONOR.- Dejémoslos solos. (Mientras salen Beltrán y Constanza.) Te traeré luego el unguento. Se ve que te duelen las heridas.

PONCE.- No. No ahora. (Sale Leonor.)

FRAY ANTONIO.- Mientras os escuchaba en la plaza se me acercó don Pedro Moreno y me dio noticias que os conciernen seriamente. El Almirante Diego Colón ganó su pleito contra el Rey. El Consejo falló en su favor la demanda en que reclamaba los derechos heredados de su padre. El Rey debe reconocerlo como Almirante y Gobernador y Justicia y Vísorrey de las Indias.

PONCE.- ¿Cómo se enteró Moreno?

FRAY ANTONIO.- Ha llegado correo por el puerto del Aguada.

PONCE.- A mí no.

FRAY ANTONIO.- Os lo habrán demorado deliberadamente como otras veces. Cerón ha sido repuesto por el Rey en el cargo de Gobernador. Miguel Díaz en su cargo de Justicia mayor de la Isla

PONCE.- Se hará lo que mande el Rey.

FRAY ANTONIO.- ¿Pero... no os dais cuenta? Os van a arruinar.
Os van a procesar. Os van a hacer salir deshonrado de la isla.

PONCE.- ¿Hacerme salir?

FRAY ANTONIO.- Haceros salir.

PONCE.- Solo muerto, y aun después de muerto regresaría.

(Llamando.) ¡Beltrán! ¡Beltrán!

BELTRAN.- (Entrando.) ¡Señor!

PONCE.- Búscame a don Pedro Moreno.

BELTRAN.- Sí, señor. Sí, señor. (Vacila asustado.)

PONCE.- (A Beltrán.) ¡Pronto! (Sale Beltrán.)

FRAY ANTONIO.- ¿Qué vais a hacer, don Juan?

PONCE.- Moreno me debe favores.

LEONOR.- (Entrando seguida de Constanza.) ¿Es tan grave la
situación como me decía Fray Antonio?

PONCE.- Sólo que Cerón vuelve de Gobernador.

LEONOR.- ¿Qué piensas de ello?

PONCE.- Nada dura para siempre.

LEONOR.- ¿Algo que yo pueda hacer?

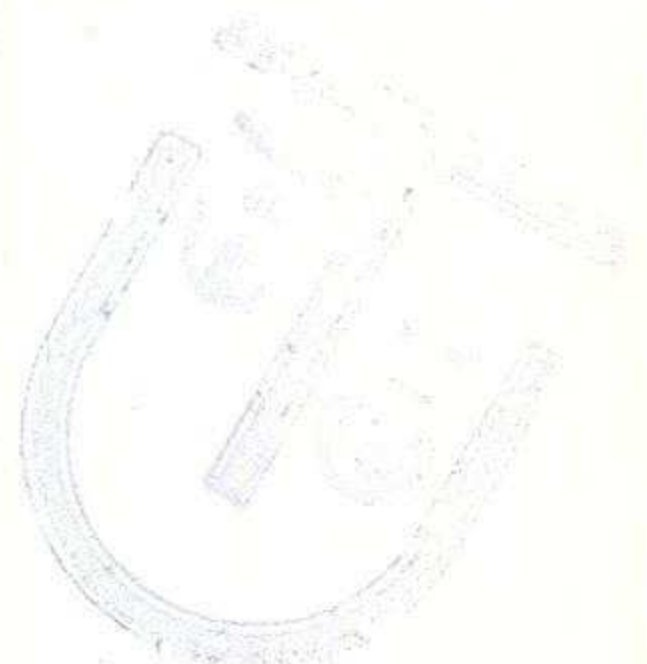
PONCE.- Quedarte un momento. Me hace bien tu serenidad.

CONSTANZA.- Don Juan, aprovechad ahora que no tendréis la gober-
nación. Id a Bimini y buscad la Fuente de la Juventud.

FRAY ANTONIO.- ¡Constanza! Perdonadla, don Juan. Me confunde
esta niña.

BELTRAN.- (Entrando con Moreno.) El venía a veros.

LEONOR.- Venid vosotros. (Salen Leonor, Constanza y Beltrán.)



MORENO.- A vuestros pies, Señora.

PONCE.- (A Fray Antonio.) Quedaos.

FRAY ANTONIO.- Decidle las persecuciones que traman contra él.

MORENO.- Encargasteis de la reconstrucción de Aguada a Miguel del Toro. La hará Díaz de Aux. Porque desde que vos lo fundastéis se conoce con ese nombre, lo llamarán San Germán, en honor de la nueva Reina. Caparra la trasladarán al otro lado de la bahía con el nombre de Puerto Rico. Borrará cuanto hicisteis. A Inigo de Zúñiga y demás amigos íntimos les quitarán los indios. A Bono lo encarcelarán por deudas. A vos os procesarán...

PONCE.- ¿Por qué?

MORENO.- Cualquier motivo.

PONCE.- Basta. Necesito que vayáis a España en la primera nave que se consiga.

MORENO.- ¿En vuestra representación?

PONCE.- Del Consejo y del pueblo.

MORENO.- El Rey manda que no haya apelación ni suplicación.

PONCE.- El litigio era sobre la gobernación y la justicia. Nada se litigaba sobre el oro, ni sobre las encomiendas de indios, ni sobre los consejos municipales, ni sobre la capitania general de las tropas y las naves, ni, en último extremo, el derecho de ir a descubrir nuevas tierras.

FRAY ANTONIO.- Pero, ¿os iriais a nuevas tierras?

PONCE.- Las gobernaría desde donde estoy parado ahora mismo.

(A Moreno.) Llevaréis un memorial mio al Rey. Y, sobre todo, don

Pedro, si todo lo demás se perdiese, hay algo que es quiero encomendar -acabar de conseguir el escudo de armas que ya hemos solicitado. Por encima de todo, conseguir la concesión del escudo. Yo vine con el Almirante del Mar Océano, don Cristóbal Colón, en su segundo viaje. El padre de don Diego. Diecisiete naves. Mil quinientos hombres. Y yo fui quien divisé primero esta isla en la raya del horizonte. Yo fui quien primero bajé a tierra y me lancé solo por un camino que salía al mar, recto como una calle, con hojas de palmas tejidas, y por lo alto también, con enredaderas, como si fueran parras, a través de vergeles de naranjos, como los hay en Valencia, y llegué a la plaza de un poblado que los indios habían dejado desierto huyendo de nosotros. Allí, en aquella hermosa plaza abandonada, me arrodillé y en el fondo de mi corazón tomé esta isla por mía. Mía en el amor. No fué por la Princesa, ni por el Príncipe ni por el Santo que don Cristóbal Colón la bautizó con el nombre de San Juan cuando plantamos la cruz del árbol que cortamos con su espada. Fué porque yo se lo pedí. Juan, mi nombre. Volví a ella con la flota del Comendador Ovando. La soñé y ansié en La Española hasta que tuve los recursos para venir a poblarla, a mi costa. La he descubierto, la he poblado, la he pacificado, no tanto por servir a Dios, y a sus Altezas los Reyes, y dar luz a los que estaban en tinieblas, sino que por dar placer a mi corazón, porque la llevo en la sangre, y para que digan en los tiempos venideros: Esto hizo Juan Ponce de León para que sus descendientes gocen las loas de su hechos.

MORENO.- Pero ese escudo...

PONCE.- Ese escudo, don Pedro, hay que conseguirlo sin falta, en seguida, antes que también vayan a repudiarlo los que no aman esta isla como yo la amo, y debe ser un escudo verde, como nuestras montañas, y dentro de él un cordero plateado, el cordero de San Juan, encima de un libro colorado, y atravesado una bandera con una cruz y su veleta, como la trae la divisa de San Juan, y por orla castillos y leones y banderas y cruces de Jerusalén, el más antiguo símbolo heráldico del mundo, y por divisa la "F" y la "I" de los Reyes Católicos, aunque doña Isabel está ya muerta, porque no vieron ni verán los siglos mejor mujer ni Reina, con sus coronas y yugos y flechas, y un letrero a la redonda que diga... que diga: *Joannes erit nomen eius.*

FRAY ANTONIO.- ¿*Joannes erit nomen eius?* Pero eso quiere decir...

PONCE.- Sí. Eso. Eso precisamente. *Joannes erit nomen eius.* Juan sea su nombre.

FRAY ANTONIO.- Juan sea su nombre.

MORENO.- ¿Juan o San Juan?

PONCE.- Juan. Mi nombre. Juan sea su nombre. Juan, como yo me llamo. (Gran ovación en la plaza, que les hace volver el rostro. Fray Antonio va a la ventana.) ¿Cuándo llega Cerón?

MORENO.- Cerón no vendrá hasta noviembre.

FRAY ANTONIO.- (Desde la ventana.) ¡Es Juan González hablándole al pueblo! ¡Don Juan! ¡Don Juan! Dice que ha vuelto a alzarse la tierra. Venid. Escuchad. (Ponce se dirige rápidamente a la ventana, pero no llega a ella. Leonor entra con la unción. Constanza la sigue.)

Ponce sale precipitadamente, seguido de Moreno y Fray Antonio. Constanza se va detrás de ellos. Leonor se queda sola, ofreciendo el poso. La acción se traslada a la plaza.)

GONZALEZ.- (En la tribuna. Rumores en el público, que no se ve.) Creedme lo que os digo. Mientras vosotros celebráis aquí el último triunfo y el fin de la sublevación, la verdad es que la tierra ha vuelto a alzarse desde Guaynia, en el Oeste, hasta el Daguao, en Oriente. Pronto empezarán a llegar las víctimas.

UNA VOZ.- No puede ser. Ya murió Agüeybana en el Yagüeza.

GONZALEZ.- No. Agüeybana no ha muerto. Esta vivo en la Sierra. Os dejasteis engañar por los indios. El que murió fué Mabo el Grande. Agüeybana se ha aliado con sus enemigos de siempre para acabar con nosotros. Ha hecho un pacto con los caribes de Guadalupe y Santa Cruz y Martinino y Virgen Gorda y todas esas islas al este del Daguao. Vendrán en canoas para atacarnos. (Voces: "No lo creo", "no puede ser".) He venido para pedirle un regimiento a don Juan y marchar a la guerra. Y agradecedme al menos que al hallaros reunidos en la plaza aproveché para ponerlos en alerta antes de que vea a don Juan. (Voces discrepantes. "No puede ser". "Yo voy con vos". Ponce, Moreno y Fray Antonio están ahora junto a él, que no los nota.) Treinta y seis flechazos me dieron viciosamente en el suelo. Pero yo os digo que ahora que puedo empuñar las armas de nuevo mataré un cacique por cada una de mis heridas. (Aplausos.) Mataré a todos los indios que no se rindan. Esclavizaré a sus mujeres y sus hijos. (Aplausos.) Venid conmigo y me veréis quemar sus incayeques.

(Aplausos.) Y cidlo bien. Cidlo bien. Juro solemnemente ante Dios y ante vosotros que la destrucción de Aguada tendrá el verdadero castigo que no ha tenido aún. Yo me encontraré con Guarionex, personalmente, y será su vida o la mía. (Ovación.)

FRAY ANTONIO.- ¡Bárbaro! ¡Salvaje! ¡Más salvaje que los indígenas! (Gritos diversos. Juan González se vuelve y se abraza con Ponce.)

PONCE.- Amigos, prestadme atención. Don Juan Cerón ha sido nombrado Gobernador de nuevo. (Protestas.) Hay que acatar la ley. (Protestas.)

UNA VOZ.- ¿Quién será nuestro capitán en la nueva guerra? (Gritos de: "No nos abandonéis, don Juan". "Os necesitamos".)

PONCE.- Cerón no llegará hasta noviembre. Yo seré vuestro Capitán. (Ovación.)

UNA VOZ.- ¿Con qué título?

PONCE.- Con el que me deis aquí ahora. (Voces de "sí", "capitán", etc.) ¿Queréis que sea vuestro capitán? (Gran aprobación.)

GONZALEZ.- Y yo le pido ahora a don Juan que me de un regimiento para arrasar con los indios de un extremo a otro de la Isla.

PONCE.- No. (Gritos diversos.) No. (Más gritos.) No. No le daré un regimiento a Juan González, ni pariente, ni hombre de confianza, hasta que no se saque del corazón el rencor y el deseo de venganza que siente porque los indios de Guarionex le mataron a su novia en Aguada. Antes no. ¡No! No lo haré.

GONZALEZ.- ¡Por favor, don Juan! ¡Por favor! (Al pueblo.)

Decidle que nada se saca con perdonarlos.

UNA VOZ.- Hay que exterminarlos. Son canibales. (Voces:
"¡El exterminio!", "¡El exterminio!")

FRAY ANTONIO.- ¡Por la Santa Cruz! ¡Por Cristo! (Voces:
"¡Exterminio!" "¡Exterminio!")

PONCE.- Ya no podréis exterminarlos. Dos terceras partes de
vosotros tenéis concubinas indias. Tendrías que matar a vuestros
propios hijos.

UNA VOZ.- Castigo del demonio contra nuestra lujuria.

PONCE.- No. Es el remedio de Dios para los odios de los
hombres. (Un roto esquilón llama a las armas.)

CONZALEZ.- Oíd, el esquilón llama a la guerra.

MORENO.- Amigos, entreguemos nuestro destino en manos de don
Juan. Que dirija la guerra como él crea. (Voces aisladas. "Sí,
sí.") Os pido vuestra aprobación. (Más "sí", "sí".) El pobló,
él conquistó, él venció, él nos trajo hasta aquí y nos llevará
adelante hasta dejar fundado un pueblo. ¿Queréis que don Juan sea
nuestro capitán? (Aprobación general.) El pueblo ha hablado, don
Juan. ¡Don Juan! ¡Don Juan! ¡Vuestra herida! ¡Sangráis!

PONCE.- No es nada. (Pero se tambalea, sangrando copiosamente.
González primero, y luego Moreno y Fray Antonio se lanzan a sostenerlo.)

BELTRAN.- (Llegando.) ¡Don Juan! Ha llegado por fin vuestro
correo. El Rey os propone que vayáis a descubrir nuevas tierras.
¡Don Juan!...

PONCE.- (Sin hacerle caso, rechazando a los que lo ayudan, habla

al pueblo.) ¡Compañeros! ¡A buscar vuestras armas todos! Salimos a la guerra ahora mismo. (Se derrumba, sangrando profusamente. Entre los que lo sujetan se cuela Constanza, que le echa un brazo y le restaña la sangre con un pañuelo con la mano libre.)

CONSTANZA.- ¡Capitán! ¡Capitán! ¡Animo! ¡Arriba! Iréis a Bimini. ¡En demanda de la Fuente! Soy yo, Constanza.

V

Bimini

Octubre 6, 1512. Casa de Ponce de León.

FRAY ANTONIO.- No se están respetando las órdenes del Rey. El mandó a Cerón y al Almirante tratar bien a don Juan, sin rigor, sin rencor ni furia, y desde que llegó Cerón en noviembre del año pasado no hemos visto otra cosa que persecución, persecución que llega al extremo de ese juicio inconcebible de hoy.

LEONOR.- Juan sabrá resistirlo todo.

FRAY ANTONIO.- ¿De qué nos vale ~~haber mandado a Cerón~~ ~~que se haya prohibido el juego y las blasfemias bajo severas penas y que el Rey haya instruido la construcción de un monasterio de franciscanos, si el propio gobierno se aparta de las normas cristianas?~~ que se haya prohibido el juego y las blasfemias bajo severas penas y que el Rey haya instruido la construcción de un monasterio de franciscanos, si el propio gobierno se aparta de las normas cristianas?

LEONOR.- No domeñarán a Juan.

FRAY ANTONIO.- La costumbre de someter a un juicio al funcionario que cesa en un cargo trae injusticias como la de hoy. Don Juan entregó la Isla pacificada y en franco progreso. ¿Qué tenemos ahora? Se carece hasta de alimentos porque los barcos no quieren tocar en la Isla. Una tercera parte de los indios han muerto por las viruelas, el resto huye acosado por todas partes por Juan González y los otros capitanes. ¡Juan González, que tanto los amaba! ¡Y esos perros lanzados contra los indios en los montes! ¡Ese maldito perro Becerrillo que yo quisiera ver convertido en piedra! (A Ponce, que entra.) ¡Don Juan! ¿Cuál es el fallo? ¿Favorable?

PONCE.- No podía permitir que el juez Sancho Velázquez me quisiera humillar con un espera tonta y deliberada. Dejé a Beltrán encargado de avisarme cuando esté listo para dictar su fallo.

LEONOR.- A Bono de Quejo han tenido que ponerlo en libertad. La casa del Highey han tenido que devolvérsela. Tendrán que absolverte ahora.

PONCE.- Me hacen perder tiempo con documentos claros y sencillos.

FRAY ANTONIO.- He rezado largamente por vos. No confío en Sancho Velázquez. Me parece hombre dominante, prejuiciado, vengativo. Lo he oído recitar de memoria ante grupos de vecinos la cédula en que el Rey os tacha de haber sido negligente con su hacienda.

PONCE.- ¿Teméis realmente que Sancho Velázquez sea tan malvado que se atreva a manchar mi honor? Ved la gravedad de la acusación. De lo que se me acusa es de haberme quedado con oro que correspondía al Rey. Haberlo estafado. Su propia Alteza ha comprendido la conjura. Nombró a Sancho Velázquez para investigarme, bajo la influencia de las denuncias que le mandaron contra mí, pero ved que luego me ha dispensado honores.

FRAY ANTONIO.- Si hubieseis ido a España como el Rey quería hubieseis destruido los infundios. El os llamó.

PONCE.- Cerón me confiscó la nao que compré para el viaje.

FRAY ANTONIO.- ¡Qué pensará don Alonso Manso cuando venga dentro de un par de meses! ¡Canónigo tan sabio que fué hasta Rector de la Universidad de Salamanca!... Llegará a Puerto Rico el primer Obispo

de las Indias y se hallará una situación pública inmoral. Me pregunto qué puedo hacer y no se sino rezar.

BELTRAN.- (Entra, seguido de Constanza.) ¡Señor!

PONCE.- ¿Está ya listo Velásquez? (Beltrán vacila.) Acaba.

D1.

BELTRAN.- Sancho Velásquez ha dictado su fallo.

LEONOR.- ¿Absuelto?

BELTRAN.- Os ha declarado culpable.

PONCE.- Sin esperar mi presencia...

BELTRAN.- Os condena a reembolsarle al Rey mil quinientos treinta y dos pesos, dos tomines y seis granos de oro.

LEONOR.- ¡Qué infamia!

FRAY ANTONIO.- ¿Qué vais a hacer?

PONCE.- Pagar.

FRAY ANTONIO.- Apelad al Rey.

LEONOR.- No. El Rey podría devolverle el dinero de limosna. Sólo Sancho Velásquez podrá pagar por lo que hizo.

FRAY ANTONIO.- No os dejéis cegar por el orgullo, don Juan... Se trata de vuestro honor. Id a España a implorar al Rey.

PONCE.- No se implorar.

FRAY ANTONIO.- ¿Entonces?

PONCE.- Velásquez y yo no hemos terminado.

FRAY ANTONIO.- El es el juez. Representa al Rey. Siempre habéis predicado respeto a la ley.

PONCE.- Yo se esperar. Llegará el momento en que pueda azotarle

a Velázquez la cara con esas cuentas.

LEONOR.- ¿Queréis venir a rezar, Fray Antonio? (Sale.)

FRAY ANTONIO.- Sí, sí, voy. (Vacila.)

CONSTANZA.- Don Juan, seguid mi consejo.

FRAY ANTONIO.- Respeto, Constanza.

CONSTANZA.- Mandad ese juicio al infierno y marchaos a Bimini.

FRAY ANTONIO.- ¡Niña! ¡Niña! No le hagáis caso a esta loca.

Os vende un sueño, una cosa que no existe. Tiene que haber una solución lógica para esta situación, don Juan. Tiene que haberla.

Dejadme rezar por ella. (Sale.)

CONSTANZA.- (Ríe.) ¿No existe la Fuente? Existe el veneno que alimenta, existen los arroyos con arenas de oro, islas rodeadas de perlas, árboles que matan con su sombra, ríos que endulzan el mar, el Valle de las Amazonas, las Siete Ciudades de Cibola... (Por unas cotorras que han estado chillando.) Hasta pájaros que hablan... (Ríe.) ¡Bimini, don Juan! ¡Bimini! La solución es Bimini.

PONCE.- No me dejas pensar.

CONSTANZA.- El Rey hace más de un año que os dio licencia para salir a descubrir. Os están ofreciendo una capitulación para ese viaje y vos posponéis y posponéis la firma final.

PONCE.- ¿Dejando perseguidos a mis amigos? ¿Huyendo de mi propio juicio de residencia?

CONSTANZA.- Apresurad la Capitulación final, don Juan. Salid en busca de Bimini, y de la Fuente. ¡La Fuente de la Juventud! ¡La Fuente! Ese juicio os ha envejecido cien años.

BELTRAN.- Pero los peligros del mar... abandonar la familia...
Los indios rebelados... Las incursiones de los caribes.

CONSTANZA.- ¡Bimini! La Isla de la Fuente maravillosa. ¡Sin
más demora!

PONCE.- (Como para sí.) Armar un par de naves se llavaría
algún tiempo.

BELTRAN.- ¿Crisis con solo dos naves en busca de tierra desco-
nocida?

PONCE.- Con un solo carabelón vine la segunda vez a San Juan.

CONSTANZA.- Cualquier número basta.

PONCE.- Podría conseguirse también un pequeño navío de vela y
remos para las aguas bajas, un bergantín. Cuarenta o cincuenta
hombres a mi costa, entre gente de mar y de tierra y grumetes...
Antón de Alaminos, Juan Pérez de Ortubia, Bono de Quejo... Hombres
recios y expertos...

CONSTANZA.- No lo penséis más. ¡Bimini! ¡La Fuente! (A Fray
Antonio, que entra.) Don Juan está pensando ir a Bimini. Será
joven de nuevo.

FRAY ANTONIO.- No vayáis, don Juan.

BELTRAN.- ¿No querriais ser joven también?

FRAY ANTONIO.- Los años me acercan más a Dios, que es el único
afán de mi vida.

CONSTANZA.- Nunca fuistéis joven. No sabriais qué hacer con la
juventud. ¡La juventud! Eso es lo que realmente nos acerca a Dios.
Dios es la juventud y la vida, no la vejez y la muerte. Buscad la

Fuente, don Juan.

FRAY ANTONIO.- Calla, diablillo. No le claves más tu aguijón en el alma.

CONSTANZA.- ¡Hacia lo maravilloso!

PONCE.- ¿Lo inalcanzable?

CONSTANZA.- Lo inalcanzado que vos alcanzaréis.

FRAY ANTONIO.- No os sintáis retado por la juventud.

CONSTANZA.- ¿La mía?

FRAY ANTONIO.- La eterna, sol que calienta también en el invierno... Sirena que nos estimula y nos engaña...

PONCE.- Constanza, siento decepcionarte. De ir, no iría nunca por la Fuente.

BELTRAN.- ¿No?

FRAY ANTONIO.- ¿No iríais por la Fuente?

CONSTANZA.- Pero, don Juan...

PONCE.- Debo presentarme en España. Y no pienso presentarme a implorar. La solución es clara para mí ahora. Le llevaré al Rey nuevas tierras. Así contestaré Juan Ponce de León el agravio que se le hace a nombre del Rey.

FRAY ANTONIO.- ¿Perdonáis a Velázquez?

PONCE.- Jamás.

BELTRAN.- Entonces... ¿queréis decir que iréis en busca de la tierra, no de la Fuente?

CONSTANZA.- ¡Por la Fuente, don Juan, por la Fuente!

FRAY ANTONIO.- Ni por la tierra ni por la Fuente. No sabéis

donde está Bimini.

PONCE.- (Divagando.) En alguna parte, si se busca bien el mar...
Per lo que dicen los indios... Podría tomar la derrota en Aguada,
rumbo al Oeste, cuarta al norte... (Con determinación.) Me quitan mi
isla de San Juan. Se la cambiaré al Rey por un tercer mundo.

CONSTANZA.- Id, don Juan, pero no en demanda de tierras nuevas
para el Rey. Buscad la Fuente. Seréis eternamente joven y hermoso.
No me defraudéis.

FRAY ANTONIO.- ¡Deja su alma en paz!

PONCE.- Podría también buscar tu Fuente, Constanza.

CONSTANZA.- ¿La buscaréis?

PONCE.- Sólo para demostrarte que soy suficientemente joven para
buscarla.

FRAY ANTONIO.- ¿Demostrarlo a Constanza o a vos mismo?

CONSTANZA.- ¿Vais? Dadme la seguridad de que vais. No habéis
dicho aun que es seguro que vais.

PONCE.- Bimini. Bimini. Hay música en la palabra.

CONSTANZA.- ¿Vais?

PONCE.- ¡Sí! Voy. Y te traeré la Fuente, Constanza. Con sus
piedras, sus yerbas, sus magos, sus flores... Para que veas tu
imagen en sus aguas... ¡Bimini! ¡Bimini!

LEONOR.- (Que acaba de entrar.) ¿Qué dices, Juan?

PONCE.- (Rodeándole el talle con un brazo.) Buenas noticias,
Leonor... Voy a buscar la Fuente de la Juventud.

BELTRAN.- Va a Bimini...

CONSTANZA.- ¡Bimini! Ya mismo estáis comenzando a rejuvenecer.

(Riendo alegremente.) ¡Bimini! ¡Bimini!

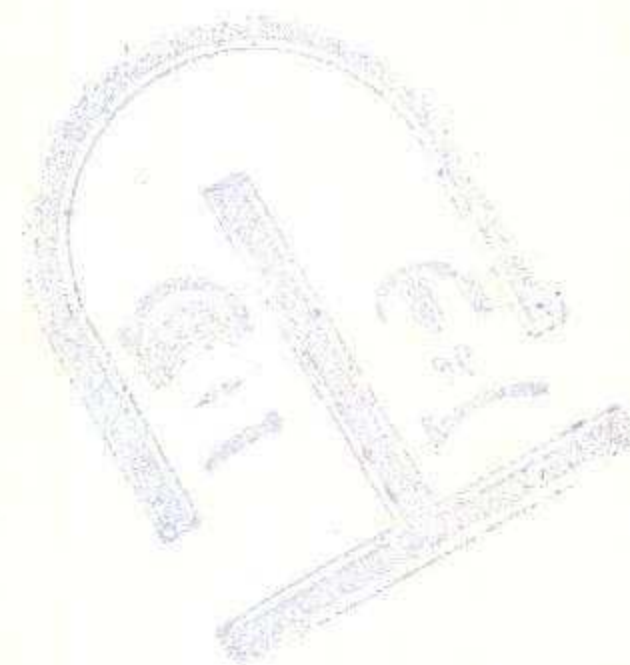
T E L O N

SEGUNDA PARTE

VI

Entrevista con el Rey

Setiembre, 1514. Corte del Rey Fernando en Valladolid.



SECRETARIO.- (Anciano decrépito, que no tratará de hacer reír, sino sonreír. A alguien de afuera, por encima del hombro, mientras se retira de la puerta.) Que siga esperando... No me importa que sea don Juan Ponce de León. (Rezonga.) Porque haya descubierto las islas de la Florida y Bimini no va a pretender que nuestro Señor el Rey Fernando interrumpa un Consejo para atenderlo. Lo haré revelarme dónde encontró la Fuente. (Sin sinceridad.) Por el Rey. No por mí. (Entra el Rey.) ¡Alteza!

REY.- ¿Llegó Ponce?

SECRETARIO.- Aguarda hace rato.

REY.- Haberme avisado. (Marchándose.) ¡Oh, se me olvidó tomar la medicina!

SECRETARIO.- Dejé encargo de que no os la sirvieran.

REY.- Vuelvo en seguida. Dile que pase.

SECRETARIO.- Sed fuerte con él. Hay que hostigarlo. Señalarle deficiencias. Recordarle que no se está cumpliendo vuestra orden de que los ricos construyan casas de piedra, con multa al que no lo haga de una tercera parte para vos, una tercera para quien lo denuncie, y la otra para el juez que lo sentencie.

REY.- El ha hecho la suya hasta con azulejos de Sevilla.

SECRETARIO.- El monopolio de la sal sólo produce quinientos pesos.

REY.- Hay tanta pobreza allí que he tenido hasta que prohibir las ventas a crédito.

SECRETARIO.- Pero, Alteza...

REY.- Dí, ¿qué te propones?

SECRETARIO.- ¡Señor, la Fuente! Si no lo acosáis no dirá donde está la Fuente. La encontró y la oculta. Dejadme quedarme en la entrevista. No por mí. Por vos.

REY.- Olvidas que el fallo en favor del Almirante me obligó a quitarle la gobernación a Ponce. Después de él han gobernado Cerón, Moscoso, Mendoza. Puestos por el Almirante. (Va a salir.) Hazlo entrar.

SECRETARIO.- No toméis la medicina, Alteza. Os hace daño.

REY.- Ve a buscármela. No. Déjalo. No acaba de gustarme que me vean tomando medicinas. Llama a Ponce. (Sale.)

SECRETARIO.- (Rezonga. Luego llama.) ¡Que pase don Juan Ponce de León! (Para sí.) Cultivaré el halago primero. (Entra Ponce.) Lamento que hayáis tenido que esperar.

PONCE.- Tratándose del Rey, no importa.

SECRETARIO.- ¿Sabéis que fui íntimo amigo de vuestro tío, don Rodrigo Ponce de León?

PONCE.- Sí.

SECRETARIO.- ¡Ah, don Rodrigo! Duque de Cádiz, Marqués de Zahara, Conde de Arcos... El segundo Cid de España lo llamó el pueblo.

"¡Ay de mí Albama!" Lo inmortalizará el Romancero.

PONCE.- Un gran Capitán.

SECRETARIO.- No podéis imaginaros aquellas campañas contra los moros vosotros los jóvenes que ahora peleáis en guerras sucias con indios canibales. Recuerdo el día que nuestra Reina Isabel inspeccionó nuestras tropas en el asedio de Baza el Zagal. Vuestro tío consiguió de Cid Hiaya que se suspendiera el combate durante la visita. ¡Ah, si hubieseis visto aquella gentileza!

PONCE.- Yo estaba allí, Señor.

SECRETARIO.- (Amoscado.) ¡Oh! Muy mozo, ¿no?

PONCE.- Muy mozo.

SECRETARIO.- (Algo ofendido.) ¿Y estabais acaso allí cuando la Reina se presentó en el cerco del Castillo de Gibralfaro, y Hamed El Zegui, por ofender a don Rodrigo, clavó en lo alto de uno de sus torreones el estandarte que le había capturado? ¡Eh, estabais allí en esa ocasión!

PONCE.- Llegué el día siguiente, cuando hicimos jugar todas nuestras bombardas hasta destruir el torreón.

SECRETARIO.- ¡Vaya! ¡Vaya! Muy joven comenzasteis a guerrear.

PONCE.- Seguramente igual que vos.

SECRETARIO.- ¡Je! ¡Je! Así es. Pero después... la Corte... Soy el único que queda vivo de los ayos que criamos al Rey. Y de él quería hablaros... francamente... de soldado a soldado... Su salud me preocupa. Cambia constantemente de sitio la Corte buscando en los viajes alivio a su mal. Se le hinchan las piernas.

PONCE.- Mal pasajero, supongo.

SECRETARIO.- Hidropesía. No se lo digáis a nadie, pero el Rey Fernando, en su trabajo excesivo por mantener el equilibrio del mundo, ha arruinado su corazón tomando estimulantes. ¡Si vos hubieseis encontrado la Fuente!

PONCE.- No la encontré.

SECRETARIO.- Lo dicen todos en la Corte. No se habla de otra cosa.

PONCE.- Se engañan unos a otros.

SECRETARIO.- Es la salud del Rey. Su vida. No la mía.

PONCE.- ¿Creéis que miento?

SECRETARIO.- Pero... descubristeis las Islas de la Florida y Bimini.

PONCE.- Muchas islas, pero no la Fuente...

SECRETARIO.- ¿Y el río que remoza? Porque se sabe que hay también un río que remoza. ¿No descubristeis ningún río extraño?

PONCE.- El único río extraño que descubrí no remoza.

SECRETARIO.- ¡Ah! ¿Un río extraño? Quizás ése... ¿Qué tiene de extraño?

PONCE.- Es un río que corre en el mar. No hacia el mar, sino en el mar. Del sur hacia el norte. Un ancho río de agua caliente... Arrastraba mis naves hacia atrás, a pesar del viento que llevábamos de popa.

SECRETARIO.- Pero, ¿no remoza?

PONCE.- No remoza.

SECRETARIO.- (Lamentándose.) ¡Tampoco hallasteis el río que remosa!

PONCE.- (Por el Rey que entra.) ¡Alteza!

REY.- Levantaos. (Al Secretario, que quiere pero no se atreve a quedarse.) No te vayas. (A Ponce.) Por vuestra hazaña de descubrir las islas de la Florida y Bimini he resuelto haceros grandes mercedes.

SECRETARIO.- Alteza, la Fuente...

REY.- (Sin hacerle caso.) Tengo entendido que interrumpisteis vuestro viaje de descubrimiento.

PONCE.- El Almirante mandó a Diego de Miruelos a seguirme en una nao más rápida que las tres mías. Cuando desembarqué en la Florida en abril 2 de 1513, Miruelos me espiaba en la distancia. Aproveché una tormenta para tratar de escapar. Miruelos naufragó persiguiéndome.

SECRETARIO.- ¿Perecieron?

PONCE.- Los recogí a todos y con esa carga tuve que regresar a San Juan.

REY.- Le he escrito al Almirante que si quiere estar bien asesorado lo haga con quienes me asesoran a mí. No hace caso. Allá se fué a San Juan tan pronto salisteis. Y los indios quemaron a Caparra, lo emboscaron en Guayaney, estuvieron a punto de matarlo en San Germán.

PONCE.- Se salvó porque Juan González, mi pariente, luchando a cuchillo en las aguas de la bahía, mató al Cacique Guarionex.

SECRETARIO.- Señor, la Fuente...

REY.- Calla. (A Ponce.) No quiero que maten a los dos caciques que se sublevaron últimamente.

PONCE.- Comparto vuestros sentimientos.

REY.- Conocéis sin duda las ordenanzas que he dado para proteger a los indios.

PONCE.- Perfectamente, Alteza.

SECRETARIO.- No se cumplen.

REY.- Prohibo que se envíe a los indios al destierro. Se mueren de tristeza.

SECRETARIO.- Eso. Se mueren de tristeza.

REY.- A cada indio debe dársele un gallo y diez gallinas como cosa propia... Una libra de carne o de pescado al día... El español que tenga cincuenta indios encomendados, que por lo menos enseñe a un niño a leer y escribir y éste a los demás. Se enseñará a leer y escribir a todos los hijos de los caciques a los trece años de edad. Los indios que trabajen en las minas tendrán cuarenta días de vacaciones cada cinco meses... No se les echará carga sobre el cuerpo a los indios. Las indias que vayan a tener hijos, no deberán trabajar durante tres años para que los críen. Dos visitantes por pueblo deberán investigar si se cumplen mis ordenanzas.

SECRETARIO.- ¿Oísteis? Hay que hacer cumplir las ordenanzas.

PONCE.- Sancho Velázquez, que me condenó injustamente a pagar una inexistente deficiencia al Rey, es el repartidor de los indios, no yo.

REY.- Lo seréis ahora.

PONCE.- ¿En lugar de Sancho Velázquez?

REY.- Ambos conjuntamente.

PONCE.- Declino el nombramiento, Alteza.

SECRETARIO.- ¡Un nombramiento del Rey! Contra lo que el Rey manda no debe presentarse suplicación ni apelación ninguna, ni segunda ni tercera fusión.

PONCE.- Lo declino.

REY.- Necesito a Sancho ahora que se va a residenciar a Mendoza y a Moscoso. A vos os necesito para que protejáis a los indios contra Velázquez.

PONCE.- Pero, Alteza...

REY.- (Sin dejarlo hablar.) Os nombro también Regidor perpetuo de la Villa de Caparra. Ciudad de Puerto Rico la llamen ahora. Os nombro además mi Capitán General. (Impidiendo que le exprese agradecimiento.) Y para que de vos quede memoria os nombro Adelantado, Gobernador y Justicia Mayor de las islas de Bimini y la Florida. Levantaos. Levantaos.

PONCE.- Buscaré modos, Alteza, de hacerme acreedor de vuestra generosidad.

REY.- Nadie sino vos podrá poblar aquellas islas.

SECRETARIO.- La Fuente... Recordad lo que os dije...

REY.- No insistas.

SECRETARIO.- (A Ponce.) ¿Llevasteis en vuestro viaje a la Florida tripulantes que fuesen hijos o nietos de condenados, o hijos

de reconciliados por la Inquisición, o cristianos nuevos de moros y judíos, o extranjeros? No se permiten en las Indias, bajo pena de muerte.

PONCE.- De veintiocho hombres que íbamos en la nave capitana, la "Santa María de la Consolación", tres no eran españoles. Navegaron y pelearon bien. Grandes compañeros. Algún derecho de conquista deben de tener sobre la Florida.

SECRETARIO.- ¡Ah! ¿Genoveses? ¿Florentinos? Violastéis la ley.

PONCE.- Eran tres negros esclavos. (El Secretario rezonga. El Rey sonríe.)

REY.- Los vecinos de San Juan han pedido una armada que haga un escarmiento entre los canibales de las islas vecinas que constantemente los atacan. La he mandado comprar en Sevilla. Seréis su Capitán.

PONCE.- Preferiría quedarme en San Juan, Alteza, levantando fondos para otro viaje a Bimini.

REY.- Podéis nombrar un lugarteniente.

PONCE.- No creo que sea efectiva esa armada.

SECRETARIO.- ¿Buscaríais la Fuente con ella si el Rey os lo manda?

PONCE.- Iría a la verdadera Bimini.

REY.- ¡Ah! Pero... ¿hay otra Bimini? ¿Dónde?

PONCE.- Al suroeste, cuarta del oeste, de la Isla de las Tortugas.

SECRETARIO.- Alteza, mandadlo por esa ruta.

PONCE.- No. La ruta sería por el sur. Iría al Darién, bojearía la Tierra Firme más allá de lo que descubrió Cristóbal Colón y llegaría a la verdadera Bimini.

REY.- ¡Si hubiese por ahí un estrecho para llegar a las islas de la Especiería!...

SECRETARIO.- ¡Alteza, no! ¡La Fuente! ¡Bimini!

REY.- Don Juan no cree en la Fuente.

PONCE.- (Repetición inconsciente de las palabras de Constanza.)
¡Hay tantas maravillas en aquellas tierras! El veneno que alimenta, islas rodeadas de perlas, ríos que endulzan el mar...

SECRETARIO.- Con el agua de la Fuente seríais joven y fuerte de nuevo, como cuando rompíais cañas en los torneos. Ahora os molesta esa pierna. Lo noto. ¿Busco al médico?

REY.- Tú eres quien me molesta. (A Ponce.) Si os doy una armada para ir a descubrir habría envidias en la Corte.

PONCE.- Podría ser un viaje secreto. Cuando nadie se lo espere, perderme en el mar. No llevaría la armada. Un solo barco basta. Haría callar a la tripulación. Sólo vos os enteraríais si descubro la Fuente.

REY.- No, no. La Fuente no.

SECRETARIO.- ¡Alteza, habéis dicho que la Fuente no!

REY.- No estoy interesado en la Fuente.

SECRETARIO.- ¡Vuestra salud! ¡La Fuente! Os remozaría.

REY.- Lo que necesita España es oro. Haréis como dijisteis.

Perdeos en el mar y traedme oro, mucho oro para poblar las Indias y afincar el Señorío de España sobre el mundo.

SECRETARIO.- España os necesita joven y saludable, Alteza.
Don Juan podría también buscar la Fuente.

REY.- No pienses más en ser joven. Tráeme un papel que tengo sobre mi mesa. Quiero mandarlo con don Juan hasta Sevilla.

PONCE.- ¿Debo ir a Sevilla?

REY.- (Al Secretario.) Haz lo que te dije. (Sale el Secretario.) Vais a dirigir la reparación de los tres barcos que se consiguieron para vuestra armada. Difícil hallarlos buenos después de reunir la armada de Pedrarias...

PONCE.- (Notando un gesto de dolor del Rey.) ¡Señor!

REY.- No es nada. Las piernas que me molestan. ¿Vuestra salud?

PONCE.- Perfecta.

REY.- ¿El ánimo?

PONCE.- Segura.

REY.- ¿Edad?

PONCE.- Cuarenta años.

REY.- Aun no sois viejo, porque prometisteis buscar el oro.
Ya no sois joven, porque os alucina la Fuente.

PONCE.- ¿Entonces, Alteza?

REY.- No hay más vigorosa y fecunda ilusión que la de la plenitud. (Se escucha, fuera, una risa como la de Constanza.)
¿Qué os sucede?

PONCE.- Permittedme, Alteza, una pregunta impertinente. ¿Quién ríe?

REY.- Una marquesita tontuela del servicio de la Reina.

LORENZA.- (Entra riéndose. Es la versión aristocrática de Constanza.) ¡Alteza! ¡Alteza! Grandes noticias acaban de llegar de París. El Rey de Francia, Luis XII...

REY.- (Irónico.) El Padre de los Pobres...

LORENZA.- El Rey de Francia se casa. Con la Princesa María, hermana de Enrique VIII, vuestro yerno. Emparentáis por ese lado con el Padre de los Pobres, que tantísima guerra os ha dado por Nápoles.

REY.- Lo se, lo se.

LORENZA.- Alegraos. No durará tres meses vivo. Tiene cincuenta y dos años; María, dieciséis. (Se ríe a carcajadas.)

REY.- Yo tengo sesenta y dos y Germana veinticinco.

LORENZA.- (Cortada.) Perdón, perdón. (Sale corriendo y afuera se ríe.)

REY.- ¿Qué os parece, don Juan?

PONCE.- Yo también soy para ella un anciano. Ni siquiera me ha mirado.

REY.- Sólo pensaba en su burla.

PONCE.- Hace veinte años, me hubiera visto. (Entra el Secretario.) ¿Cómo se llama?

REY.- Lorenza... la Marquesita Lorenza... Deberé buscarle marido. Necesita casarse. (Se escucha la risa de Lorenza.) Oídla

otra vez. Se quedó escuchando tras la puerta.

SECRETARIO.- Risa irrespetuosa, irresponsable... Tonta.

REY.- Miriente.

PONCE.- Un reto, ¿no es eso?

REY.- Lo habéis definido bien.

SECRETARIO.- ¿Reto? ¿Qué reto?

PONCE.- El reto de la flor al día en que ha de morir.

SECRETARIO.- No entiendo.

PONCE.- Pero no valdría la pena ser día sin la flor.

REY.- Me precio de conocer a los hombres, don Juan. Lorenza
es recuerda a alguien.

PONCE.- Es cierto.

REY.- Alguien que también debiera casarse.

PONCE.- Antes de embarcar para veros se lo dije. "Cásate
Constanza. Cásate con Beltrán."

REY.- Pero ella se ríe.

PONCE.- De mí.

REY.- Los Capitanes, los Adelantados, aún los Reyes, jamás
lograremos que no se ría de nosotros la juventud.

SECRETARIO.- Tiene que haber un modo de acallar esa risa.
Suprimirla. Destruirla.

PONCE.- Lo hay.

REY.- ¿Cuál?

PONCE.- Ser jóvenes también.

REY.- ¡Ah, don Juan! Ahora tengo la certidumbre de que daríais

la vida por encontrar la Fuente. (Entregándole el nombramiento que ha recibido del Secretario.) Don Juan, Adelantado de la Florida y Bimini, ningunas mejores manos que las vuestras para llevar esta provisión hasta Sevilla. Es para Vasco Núñez de Balboa, nombrándolo también Adelantado del Mar del Sur. (Lorenza ríe afuera.)

PONCE.- (Como contestación a la risa.) Hallaré el oro.

REY.- ¿Y la Fuente?

PONCE.- También.

VII

Viaje a San Juan de Ulúa

Febrero, 1516. Casa de Ponce de León.

FRAY ANTONIO.- ¿Vuestra salud cómo sigue, doña Leonor?

LEONOR.- Anoche me sentí mal pero ya estoy bien de nuevo.

FRAY ANTONIO.- ¿Vino el físico?

LEONOR.- No lo he llamado aún.

FRAY ANTONIO.- ¡Oh, no! Debéis llamarlo.

LEONOR.- No lo necesito.

FRAY ANTONIO.- Nos preocupa a todos vuestra dolencia. Si no os queréis cuidar por vos, hacedlo por lo menos por vuestras hijas y por don Juan que os necesitan.

LEONOR.- Hablad con él, Fray Antonio. Conseguid que os consulte.
Un dilema lo atormenta.

FRAY ANTONIO.- ¿Cuál?

LEONOR.- No quiere hablar de ello.

FRAY ANTONIO.- En verdad, desde que llegó de España hace siete meses, llamado de honores, al mando de la Armada contra los Caribes, parece un hombre distinto. ¿Dónde está ahora?

LEONOR.- Con Juan González.

FRAY ANTONIO.- ¿Planeando nuevas cabalgadas y entradas contra los indios?

LEONOR.- No. Juan González desde que mató a Guarionex no cree que valga la pena pelear contra tan pocos. Lo hice llamar para que

hablara con Juan.

BELTRAN.- (Entrando.) ¡Gran noticia, doña Leonor! No me había equivocado. Es una mina de oro lo que descubrí. Vengo de confirmarlo.

FRAY ANTONIO.- ¿En el Cibuco?

BELTRAN.- No, en el Daguao. ¿Y Constanza? (Llamando.) ¡Constanza! (Excusándose.) Dejame darle la buena noticia. ¡Oro, doña Leonor! ¡Oro para Constanza! (Sale llamando a Constanza.)

FRAY ANTONIO.- Podrán casarse al fin.

LEONOR.- Es el consejo constante de Juan desde que llegó de España. "Cásate, Constanza. Cásate con Beltrán."

FRAY ANTONIO.- ¿Y ella qué responde?

LEONOR.- Se ríe.

GONZALEZ.- (Entrando.) ¡Ah, por fin vos encuentro Fray Antonio, cuando ya me iba de la villa! Venga esa bendición. (Le besa el hábito.)

FRAY ANTONIO.- (Luego de bendecirlo.) Bastante que lo necesitas.

LEONOR.- ¿Y Juan?

GONZALEZ.- Viene ahora. Su situación no puede continuar, doña Leonor. El pueblo lo censura amargamente.

LEONOR.- ¿Le hablaste de ello?

GONZALEZ.- Cambió la conversación.

LEONOR.- ¿Tratarás de nuevo?

GONZALEZ.- Ya me despedí de él y me marcho.

LEONOR.- Insiste.

GONZALEZ.- Me pareció que se molestaría.

LEONOR.- Es un favor que le haces. Y a mí.

GONZALEZ.- ¿Ha cambiado tanto don Juan!

PONCE.- (Que entró a tiempo de escucharlo.) No he cambiado.

GONZALEZ.- No os dais cuenta, don Juan, del ambiente que se está formando en el pueblo contra vos. Os censuran con acritud hasta vuestros amigos.

PONCE.- No puedo evitarlo.

GONZALEZ.- Dicen que los Caribes os derrotaron en Guadalupe cuando venís de España con la armada.

PONCE.- Mienten.

GONZALEZ.- ¿No hubo tal derrota?

PONCE.- Sorprendieron a un grupo que bajó a tierra a lavar ropa. Cuando los atacé huyeron despavoridos.

GONZALEZ.- Los Caribes nos invaden. Se llevan prisionera a nuestra gente y la someten a horribles martirios y mutilaciones. Yo mismo recuperé los vasos sagrados que se robaron cuando quemaron esta villa.

FRAY ANTONIO.- Los había traído de España el Obispo Manso.

GONZALEZ.- El Rey os nombró Capitán de la Armada para llevarles la guerra a sus islas.

PONCE.- Sí.

GONZALEZ.- Delegasteis el mando en Iñigo de Záñiga.

PONCE.- Tengo autorización para ello.

GONZALEZ.- Záñiga sólo usa dos de las tres naves en sus expediciones. La carabela "Barbola" se pudre anclada en el puerto.

PONCE.- ¿Me vas a acusar tú?

GONZALEZ.- Yo no. Los oficiales de la villa se han reunido y

han censurado a Zúñiga y a vos no tener el debido recaudo con la Armada.

PONCE.- ¿Compartes su juicio?

GONZALEZ.- ¡No! ¡No! Os señalo hechos. Navas privadas salen de la Española a hacer la guerra a los Caribes porque vos no los destruis. El propio Bone de Quejo manda una armada.

PONCE.- No pacificarán esas ^{islas} ~~islas~~ belicosas con esporádicos ataques navales. Sólo quieren aprovecharse del derecho mundialmente reconocido de tomar por esclavos a los prisioneros hechos en una guerra declarada justa.

GONZALEZ.- El pueblo cree que vos podríais pacificarlas con la armada que os dio el Rey.

PONCE.- No llames armada a tres cascos viejos tripulados por gente disgustada porque no cobra.

GONZALEZ.- Entonces, ¿es por eso que...?

PONCE.- No.

GONZALEZ.- El Almirante, que está en España, trata de conseguir vuestro relevo.

PONCE.- No me sorprende.

GONZALEZ.- Don Juan, os acusan de que en Guadalupe perdisteis no sólo el honor sino que también el ánimo para los combates.

PONCE.- ¿Qué me he vuelto un cobarde?

GONZALEZ.- Es lo que alegan.

PONCE.- ¿Lo crees tú?

GONZALEZ.- Jamás.

PONCE.- Pues no repitas lo que no estás dispuesto a sostener.

GONZALEZ.- Pero, don Juan...

PONCE.- No lo repitas, he dicho.

LEONOR.- Explicale, Juan.

PONCE.- No des explicaciones.

FRAY ANTONIO.- Don Juan, ¿creéis en conciencia que...?

PONCE.- No mencionéis la conciencia. La mía está tranquila.

FRAY ANTONIO.- Cuando os excitáis de ese modo es evidente que no lo está.

PONCE.- No acepto más interrogatorios.

GONZALEZ.- Os negáis a entender el propósito de mi intervención.

PONCE.- No te la he pedido.

GONZALEZ.- Está bien, don Juan. Ya me iba, de todos modos. Lo único que os pedía era que me colocaseis en posición de contestar a vuestros enemigos.

PONCE.- Yo contestaré lo que tenga que contestar.

GONZALEZ.- Mi deseo es defenderos.

PONCE.- Yo me basto.

GONZALEZ.- Perdonadme entonces, don Juan. En mi hacienda estaré cuando queráis llamarme. (Al salir.) No olvidéis que tengo una espada a vuestro servicio. Doña Leonor... Fray Antonio.... (Sale.)

FRAY ANTONIO.- ¿Vais a dejar marcharse de ese modo a nuestro mejor amigo?

PONCE.- El comprenderá.

LEONOR.- Fray Antonio es nuestro confesor, Juan. El puede aconsejarte.

FRAY ANTONIO.- Os sentiríais mejor, don Juan, si os sacáis del alma esa amargura.

PONCE.- Habladme de otra cosa.

LEONOR.- Juan, por favor...

PONCE.- Calla.

LEONOR.- Confiésale que no deseas ir a cazar indios.

PONCE.- ¡Leonor!

LEONOR.- Que no quieras asolar tierras en busca de esclavos.

PONCE.- No es eso.

LEONOR.- Dile lo que sea, Juan.

FRAY ANTONIO.- Tiene razón doña Leonor. No estáis cumpliendo vuestro deber.

PONCE.- ¡Deber! ¡Deber! Estoy ya cansado de que me hablen de mi deber. No he faltado a mi deber con el Rey.

FRAY ANTONIO.- No represento aquí al Rey. Represento a Dios. Fonedos en paz con vos mismo y estaréis en paz con Dios. Si no creéis en esa guerra, ¿por qué aceptasteis el mando de la Armada? Decíame, ¿por qué?

PONCE.- Porque habría de hacer un viaje secreto en busca de oro para el Rey - y de la Fuente para mí. Por eso únicamente acepté. Pero el mismo día que salía de Sevilla me cambiaron las órdenes. Me mandaron a la raya con Portugal en la Tierra Firme a asegurar los derechos territoriales que nos concedió el Papa. Fui. Ya fui. Ya está hecho. Le escribo al Rey la urgencia de ir a Bimini y la Florida. Le escribo y escribo. No contesta.

FRAY ANTONIO.- Está muy enfermo. Me lo ha escrito el Obispo Manso, que está en la Corte reclamando los diezmos que aquí se niegan a pagarle los vecinos.

PONCE.- Razón de más para contestarme pronto. La Fuente podría curarlo.

FRAY ANTONIO.- ¿Pero, de veras, creéis en la Fuente?

PONCE.- Hay que intentar lo imposible.

FRAY ANTONIO.- ¡Puro desvarío!

PONCE.- Hacer joven al Rey.

FRAY ANTONIO.- Hacer joven a Juan Ponce de León.

PONCE.- Sí, a mí. Y a Leonor. ¡Que no se pueda burlar la juventud!

FRAY ANTONIO.- Os empezáis a sentir viejo, tristemente viejo. Las guerras, tal vez. La constelación del clima...

PONCE.- Tengo cuarenta y dos años. No me queda mucho para buscar y encontrar la Fuente.

FRAY ANTONIO.- Impaciencia de la vejez que se acerca...

PONCE.- Llamadlo como queráis.

FRAY ANTONIO.- Inconformidad con las leyes de Dios.

PONCE.- ¡Conformidad! ¡Paciencia! Miradme. Capitán de la armada. Capitán de las fuerzas de tierra. Repartidor de indios. Regidor perpetuo. Adelantado de Bimini y la Florida. Títulos vacíos. Cruzado de brazos me estoy aquí envejeciendo. ¿Qué debo hacer? Aconsejadme ahora. ¿Me quedo aquí paciente y conforme? ¿Voy a matar indios inocentes para contener a Portugal? ¿Me largo

con la armada a Bimini por la ruta del sur como es mi sueño?

CONSTANZA.- (Entrando.) Don Juan, os traigo una noticia que os encantará.

PONCE.- Ya se. Beltrán halló oro en el Dagua.

CONSTANZA.- Otra noticia mejor, don Juan.

FRAY ANTONIO.- No nos interrumpas.

CONSTANZA.- Don Juan querrá saber...

FRAY ANTONIO.- No.

CONSTANZA.- Sólo pensaba decirle...

FRAY ANTONIO.- Estamos en un asunto demasiado importante,
Constanza.

LEONOR.- Alguien llega. (Va a la puerta.)

PONCE.- No quiero recibir a nadie.

LEONOR.- Es don Pedro Moreno.

MORENO.- (Entrando.) Perdonadme si... (Su mirada alrededor indica que desea hablar a solas con don Juan.)

LEONOR.- Ven, Constanza. Hablarás con Juan después.

FRAY ANTONIO.- Voy con vosotras.

CONSTANZA.- Os divertiré mi noticia, don Juan. Si ya no la habéis adivinado... (Salen Leonor, Constanza, Fray Antonio.)

MORENO.- Ese muchacho... Sobrino de doña Leonor... le ha pegado unas bofetadas al Alcalde.

PONCE.- ¿Lo prendieron?

MORENO.- Se refugió en la Iglesia.

PONCE.- (Va a salir.) Lo sacaré.

MORENO.- Ya salió.

PONCE.- ¿Está en peligro?

MORENO.- No.

PONCE.- ¿Por qué le pegó?

MORENO.- Unos cuantos de vuestros enemigos charlaban en la plaza, cuando vuestro sobrino pasó y escuchó lo que decía el Alcalde.

PONCE.- ¿Lo de siempre? ¿Qué soborné al Secretario del Consejo para que se me diese el mando de la Armada? ¿Qué vendí el puesto de Tesorero a de Haro?

MORENO.- ¿Sabéis que lo dicen?

PONCE.- Nunca delante de mí.

MORENO.- Esta vez fué peor, don Juan.

PONCE.- ¿Qué decía el Alcalde esta vez?

MORENO.- Por respeto a vos no debo repetirlo.

PONCE.- ¿Qué decía?

MORENO.- Señor... Una canallada...

PONCE.- Hablad.

MORENO.- No vale la pena... No hay prestigio grande que no quieran roer las ratas.

PONCE.- Demando saberlo.

MORENO.- Dijo que sois un bastardo casado con la hija de un mesonero. (Ponce va a salir.) No es necesario que vayáis.

PONCE.- ¿Porque ya mi sobrino le dio unas bofetadas?

MORENO.- No. Porque el Alcalde no sostuvo sus palabras. Llegó Juan González y lo retó a muerte si no se retractaba. Luego se llevó

a vuestro sobrino a casa de unos amigos. No queda nadie en la plaza.

PONCE.- El sobrino pelea por mí... Juan González pelea por mí. Toman mi honor a su cargo. ¡Qué tremendamente viejo me hacen! (Afuera, Constanza ríe. Ponce se asoma a la ventana.) Es cierto. Está solitaria la plaza. Hasta eso. Serenidad. Paz. Y aquí un anciano defendido por parientes que se marchan a festejar. (Llamando.) ¡Beltrán! (A Moreno.) Le contestaré al Alcalde en la reunión del Cabildo.

MORENO.- No creo que vaya. Ni ahora ni después. Ni que sea candidato a reelección.

CONSTANZA.- (Entrando.) Beltrán ha salido.

PONCE.- ¿No hay alguien ahí que pueda buscarme a Juan González y a....?

MORENO.- Yo os los mandaré a buscar a los dos.

PONCE.- (A Constanza.) Déjalo. Iré yo. (Va a salir.)

CONSTANZA.- (Constanza se le atraviesa.) ¿Sin escuchar mi noticia?

MORENO.- No os molestéis. Les haré llegar vuestra llamada. (Sale.)

CONSTANZA.- Quiero hablaros.

PONCE.- Quitate. (La empuja.) Perdona. Estoy excitado.

CONSTANZA.- Fatigado, decepcionado.

PONCE.- Es cierto.

CONSTANZA.- Envejecido.

PONCE.- También.

CONSTANZA.- Tomad esa carabela que tenéis en la bahía y marchaos a Bimini a buscar la Fuente.

PONCE.- No laceres mi alma. Soy un hombre angustiado, Constanza. Lo que quisiera es eso - ir a buscar la Fuente. No puedes imaginarte como quisiera poder decir otra vez, como dije arrodillado al llegar a la Florida: "Gracias te sean dadas, Señor, por permitirme ver algo nuevo." Pero el Rey Fernando no me envía el permiso que le pido en mis cartas.

CONSTANZA.- Eráis el setén de la ley. Ahora pretendéis que sea la ley la que os sostenga.

PONCE.- ¿Crees tú también que ha decrecido mi ánimo con los años?

CONSTANZA.- En 1510 enviasteis preso a Cerón. Hoy os detendrían los escrúpulos legales.

PONCE.- Te reíste entonces.

CONSTANZA.- Y ahora. La Fuente rompe la ley, la lógica. Cuando se rompe la ley y la lógica se es joven. Para hallar la Fuente debéis empezar por desacatar al Rey.

PONCE.- No debe aspirar a tanto un vasallo.

CONSTANZA.- ¿Qué se hizo, don Juan, de aquella fe en vuestra propia fuerza que os iluminaba cuando fuisteis por la Fuente meramente para ofrecérmela?

PONCE.- Las decepciones cansan, los años cansan... No solamente el cuerpo, también se fatiga el espíritu. Envejecen juntos en la jaula el hierro y el trino. Y la fe en la aventura y el absurdo se disuelve en duda, y sólo queda flotando ante nuestros ojos un vuelo de ilusión y

esperanza.

CONSTANZA.- Vuestra buena estrella declina. ¿Sabéis desde cuándo? Desde que empezastéis a aconsejarme: "Cásate, Constanza. Cásate con Beltrán."

PONCE.- No hay relación.

CONSTANZA.- Mira ^d a vuestro alrededor. Sotomayor murió por el amor de Guahina. ^{v. el asante,} Muriel y Sedeño se pelean por la cacica Bagnanamay. El Tesocrero Posamonte tiene media docena de concubinas en su casa.

PONCE.- ¿Y bien?

CONSTANZA.- Seis años llevo viviendo junto a vos. Soy ya una mujer... Y vos nunca habéis tratado de besarme.

PONCE.- ¿Eso es lo que quieres? ¿Eso?

CONSTANZA.- (Ríe brevemente.) Lo que quiero, don Juan, es decirnos que renunciar es envejecer.

PONCE.- ¿Renunciar a qué? ¿A ti? ¿A ti, Constanza?

CONSTANZA.- Renunciar al egoísmo y la egolatría. Renunciar a la conclusión de que el mundo nos pertenece porque somos mejores que los demás. Vos renunciasteis a la juventud al decirme que fuera de otro.

PONCE.- Te hacía un favor.

CONSTANZA.- Pensasteis en mí. No en vos. Para ser joven hay que ser ególatra. Id a Bimini, don Juan. Si halláis la Fuente regresaréis de nuevo confiado en vuestra belleza.

PONCE.- ¿Y mi deber con el Rey?

CONSTANZA.- ¿Deber? ¡Con la edad que os penetra los huesos!

PONCE.- ¡Con mi historia!

CONSTANZA.- No pretendáis vivir la hora que pasó. Ni petrifiquéis vuestro futuro tampoco. ¿Qué vais a decirles a los hijos que todavía lleváis en la sangre? ¿No nazcáis? ¿asesinarlos en vuestras propias venas? Violad la ley. Romped la lógica. Marchaos a Bimini sin permiso ni demora.

PONCE.- Cásate, cástate, cástate, Constanza.

CONSTANZA.- ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Es lo que vine a decirlos. Me voy a casar. (Ponce queda aplastado.)

PONCE.- ¿De veras?

CONSTANZA.- Me voy a casar. Con Beltrán. ¿No es lo que queríais? Me lo aconsejasteis cien veces.

PONCE.- ¿Por qué sigues mi consejo ahora?

CONSTANZA.- Tal vez porque el oro le dará a Beltrán el prestigio que deseo.

PONCE.- ¿Tal vez?

CONSTANZA.- Tal vez porque el oro está en el Daguao.

PONCE.- El Daguao está lejos. El camino es difícil. Lo atraviesan grandes ríos.

CONSTANZA.- Correcto.

PONCE.- Por aquella costa llegan las invasiones de los Caribes. Vienen en sus canoas y queman y arrasan y matan.

CONSTANZA.- Correcto.

PONCE.- Beltrán es un cobarde.

CONSTANZA.- Junto a mí será valiente y el peligro nos hará felices.

PONCE.- ¿El peligro?

CONSTANZA.- Sí, don Juan, porque somos jóvenes. No parecéis entenderlo ya. Porque somos jóvenes. Porque podemos amar. Sin lógica. Escuchad mi consejo. Tomad la nao y buscad la Fuente. No como aquella vez que dijisteis que habríais de traérmela de regalo. Buscad la Fuente para que podáis volver a ser joven.

PONCE.- (Triste.) ¿Crees realmente lo que dices?

CONSTANZA.- Absolutamente. ¿Y vos?

PONCE.- Yo no sé lo que digo. (Constanza ríe.)

BELTRAN.- (Entrando.) Don Juan, correo de España. Acaba de llegar. (Le entrega una carta.)

CONSTANZA.- (Viendo que Ponce se demuda al leerla.) ¡Don Juan!

BELTRAN.- ¿Qué ocurre?

FRAY ANTONIO.- (Entra con doña Leonor.) ¿Ya le dijiste a don Juan tu secreto, Constanza?

CONSTANZA.- (Por Ponce.) Aguárdad.

LEONOR.- ¿Algo grave, Juan?

PONCE.- (Para sí.) ¡Qué terrible desgracia! (Acaba de leer la carta.) El 23 de enero murió el Rey Fernando.

FRAY ANTONIO.- (Se persigna.) El Señor acoja su alma.

PONCE.- Nuestro Obispo don Alonso Manso, a petición del Rey, dijo en Granada la misa de los funerales.

FRAY ANTONIO.- El Rey lo distinguió siempre.

PONCE.- Hereda el trono el Príncipe Carlos, de dieciséis años, criado en el extranjero. Sus asesores flamencos gobernarán a España.

CONSTANZA.- Os quitarán el mando de la armada contra los Caribes.

BELTRAN.- Y el repartimiento de indios para las minas. No podréis ayudarnos en nuestros planes de casamiento.

PONCE.- El casamiento deberá aguardar.

BELTRAN.- No, don Juan.

PONCE.- Será por poco tiempo.

BELTRAN.- Si no podéis darnos indios sacaremos el oro con nuestras propias manos.

PONCE.- Lo ordeno. Aguardará. (Constanza trata de contener su risa.)

FRAY ANTONIO.- Escucha a don Juan, Constanza.

PONCE.- Sólo quiero que esperéis hasta mi regreso.

LEONOR.- ¿Vas de viaje, Juan.

PONCE.- A Bimini.

LEONOR.- ¿Ahora?

PONCE.- Sí.

FRAY ANTONIO.- ¿En qué barcos?

PONCE.- En el que tengo en el puerto - la "Barbola".

FRAY ANTONIO.- Si hacéis eso sin permiso, el nuevo gobierno os castigará. Os despojará de todos los honores que os concedió el Rey Fernando.

PONCE.- ¿Qué opinas, Leonor?

LEONOR.- Ve.

PONCE.- Si fracaso me quitarán también mis propiedades. Me apresarán tal vez por no haber esperado órdenes del nuevo Rey.

LEONOR.- Ve.

PONCE.- Los indios podrían asaltar de nuevo la ciudad en mi ausencia.

LEONOR.- Ve.

FRAY ANTONIO.- Estáis seriamente enferma, doña Leonor. (A Ponce.) A vuestro regreso podríais hallarla muerta.

LEONOR.- (A Ponce.) Ve.

FRAY ANTONIO.- ¿Y vuestras hijas? ¿Quién las cuidaría si moris?

LEONOR.- No moriré, Juan. Te esperaré. La misión que creas tener, realízala.

PONCE.- (Llevándose a Leonor.) Debo comenzar los preparativos ahora mismo en la nao. (De paso, a Beltrán.) Avisale a Antón de Alaminos que venga.

BELTRAN.- ¿Lo lleváis?

PONCE.- Antón de Alaminos será mi piloto, como en el viaje de 1513 a la Florida. No digas a nadie a donde voy.

BELTRAN.- Sí, sí. (Salen Beltrán, Leonor y Ponce. Constanza ríe.) Es un viaje secreto.

FRAY ANTONIO.- Es culpa tuya. ¿Qué le dijiste?

CONSTANZA.- Que vaya a Bimini.

FRAY ANTONIO.- El vacilaba. Ha hecho una decisión repentina en el momento más adverso. Algo más le dijiste.

CONSTANZA.- Que busque la Fuente. Podría ser tan joven como Beltrán.

FRAY ANTONIO.- ¿Por qué como Beltrán? Beltrán será tu marido.

CONSTANZA.- Ya oisteis lo que dijo don Juan. *Quiere que espere su regreso.*

FRAY ANTONIO.- ¿Y entonces? ¡Santo Dios! ¿Qué piensas? ¿No te casarías entonces?

CONSTANZA.- ¿Importa?

FRAY ANTONIO.- ¿Cómo si importa?

CONSTANZA.- No os preocupéis. Me casaré con Beltrán tan pronto don Juan se haya ido.

FRAY ANTONIO.- ¿Por encima de la prohibición de don Juan?

CONSTANZA.- Naturalmente.

FRAY ANTONIO.- Entonces, ¿por qué preguntas si importa tu casamiento?

CONSTANZA.- Don Juan va en busca de la Fuente. Si la encuentra... Si la encuentra yo podría amarlo aún después de casarme con Beltrán. (Fray Antonio le da una bofetada. Ella vacila un momento y sale riéndose.)

VIII

Tercer viaje

Febrero, 1521. Casa de Ponce.

MORENO.- Don Juan, considerad la carga de responsabilidad que pesa sobre mí como Gobernador que soy. Debéis recapacitar.

PONCE.- No insistáis.

MORENO.- Han pasado cinco años desde vuestro viaje de 1516. Si habéis esperado tanto para un tercer viaje no debierais tener prisa en marcharos ahora que os necesitamos aquí.

PONCE.- Ya están listas mis dos naves, registrada buena copia de gente para ir a poblar la Florida.

MORENO.- Pueden esperar.

PONCE.- Necesito bojear la costa de la Florida que descubrí en 1513 para ver si confina con lo que descubrí en mi viaje de 1516. Se ha relegado al olvido, casi a la inexistencia, ese viaje. No es justo.

MORENO.- Fué un viaje ilegal, don Juan.

PONCE.- Lo autorizó el Rey Fernando.

MORENO.- Pero él murió. Subió al trono un Rey joven rodeado de extranjeros. Los españoles pasamos a ser los indios de los flamencos. EN un año que estuvisteis en España rondando por la nueva Corte no recibisteis sino decepciones. Entregasteis la Armada contra los Caribes en Sevilla y se limitaron a hundirla por vieja e inútil. No os reconocerán los derechos que reclamáis. Aun aquí entre nosotros las versiones que circulan sobre ese viaje son vagas y contradictorias.

PONCE.- Porque yo prohibí a la tripulación hablar de él.

MORENO.- El pueblo os vio salir un día a matar Caribes y os vio regresar meses después con una nave desarbolada y una tripulación diezmada y enferma. Eso es todo lo que vio.

PONCE.- Pero en esa nave y en ese viaje yo descubrí a Yucatán, a San Juan de Ulúa, el puerto que llamé Ponce, el río Pánuco. Hallé la verdadera Bimini.

MORENO.- Nadie ha hecho caso. San Juan de Ulúa se conoce por Veracruz. El puerto a que pusisteis vuestro nombre, sólo lo recuerda ya el Gobernador de Cuba. Todo aquel mundo que decís Bimini, es ahora la Nueva España, que el Rey reparte a otros gobernadores. No tengáis prisa en zarpar.

PONCE.- ¿Y qué queréis? ¿Que permita que me roben mis tierras y mi gloria? Desde Cuba, Tierra Firme, Santo Domingo, San Juan, los ambiciosos se han lanzado como chacales sobre una presa.

MORENO.- Calmaos.

PONCE.- A mis tierras fué a parar Fernández de Córdoba... Con mis cartas de marear, que le dió Antón de Alaminos, el piloto -¡traidor!- que llevé en mi viaje. Y Grijalva... también con mis cartas de marear, dadas por Alaminos. Y Garay... Con Alaminos a su servicio. ¡Siempre ese traidor de Alaminos! El fué -¡Alaminos!- quien también llevó a mi San Juan de Ulúa a Hernán Cortés. Todos pretenden -¡con mis mapas y mi piloto!- ser los descubridores y conquistadores de lo que yo descubrí en 1516. Hasta Diego de Miruelos, aquel espía ridículo que naufragó siguiéndome en mi viaje a la Florida,

se lanzó por la ruta de 1516 apenas hube regresado, otra vez pagado por el Almirante. ¡Qué digo Miruelos! Hasta Antonio Sedeño, ese ingrato que fué mi criado, se atrevió mandar a Yucatán una flota que un huracán deshizo en buena hora.

MORENO.- A pesar de ello, sois la única persona que puede convencer a Sedeño de que deponga su actitud hostil hacia mí.

PONCE.- Lo hice contador y se negó a pagar mi sueldo de Capitán. Ya no se cómo ni donde extender la mano para dar que no me la muerdan.

MORENO.- Pero, vuestro prestigio en la Isla conseguirá que el Concejo...

PONCE.- Estoy en minoría en el Concejo que yo creé.

MORENO.- Don Juan, ayudadme a resolver esta situación que se agrava por momentos. Recordad que el Almirante, en la plaza pública, frente a la iglesia, al salir de miss de domingo, en voz alta y tres veces amenazó personalmente con serias represalias a los regidores disoclos que se me oponen.

PONCE.- A pesar de esas amenazas, voté por vos.

MORENO.- Pero Sedeño se reúne con la mayoría del Concejo en casas privadas, huytiblemente, para que yo como Gobernador no pueda asistir a las sesiones.

PONCE.- Respeto la ley, don Pedro, y por eso me reúno con la minoría del Concejo en el sitio oficial. Pero respeto también los votos. Los votos los tiene Sedeño.

MORENO.- Os hago responsable del fracaso de mi gobernación si no os quedáis hasta convencer a Sedeño.

PONCE.- ¿Cómo?

MORENO.- Cultivad de nuevo su amistad.

PONCE.- No la quiero.

MORENO.- No permitáis que resentimientos personales...

PONCE.- No la quiero por su acción contra Elvira Manzorro en el puerto. Juan Ponce de León no es amigo de asaltadores de mujeres.

MORENO.- Podrías acercaros a los otros regidores de la mayoría.

PONCE.- Hace demasiado tiempo que vengo preparando mi viaje para sacrificarlo ahora a una sucia pugna de partidos.

MORENO.- Lo espusisteis otras veces por motivos inferiores si consideráis que se trata del bien público.

PONCE.- ¿Inferiores, don Pedro? No sabéis lo que habéis dicho. ¿Es inferior a vuestros chismes la enfermedad y la muerte de Leonor?

MORENO.- No. No. No me refería a esa desgracia... Dios tenga en la gloria a tan excelente mujer.

PONCE.- ¿Es inferior la necesidad espiritual que sentí, como padre, muerta Leonor, de dejar a mis tres hijas casadas antes de ausentarme?

MORENO.- Gran felicidad les deseo a las tres en su vida de casadas.

PONCE.- No sois sincero.

MORENO.- ¿Don Juan!

PONCE.- En junio pasado escribisteis al Rey censurando el casamiento de mi hija Isabella con el licenciado Antonio de la Gama.

MORENO.- No debéis decir eso.

PONCE.- Tengo copia de vuestra carta, firmada también por los demás oficiales del gobierno de la villa.

MORENO.- Dejadme explicaros.

PONCE.- Teníais que halagar con esa intriga al Almirante. Acaba de pegaros. Ya sois Gobernador.

MORENO.- (A Fray Antonio, que entra.) Fray Antonio, convencedlo de mi admiración por él.

PONCE.- Seguiré votando por vos en el Concejo. Pero no insistáis en cuanto al viaje. Me corresponden las tierras desde la Florida a Yucatán. Tengo que ir a ellas, ahora.

MORENO.- Si ésa es vuestra decisión...

PONCE.- Lo es.

MORENO.- Buen viaje, don Juan. (Sale.)

PONCE.- Hicisteis bien en callar.

FRAY ANTONIO.- Yo opino igual que él, don Juan. Abandonad ese viaje.

PONCE.- El sólo me pedía que lo pospusiera.

FRAY ANTONIO.- Yo os pido que lo canceléis.

PONCE.- Hernán Cortés llama ahora Veracruz mi puerto de San Juan de Ulúa.

FRAY ANTONIO.- Don Juan, vuestra obra está terminada. Nada fundamental tenéis que agregarle. Cuando llegamos a esta Isla dijisteis que vuestro sueño era fundar un pueblo. Ya está fundado.

PONCE.- Aun no.

FRAY ANTONIO.- Al ser jurado el Rey Carlos en las Cortes de

Valladolid hace tres años, quedó establecido por las respuestas reales que las Indias ni ninguna parte de ellas serán jamás enajenadas de la Corona de Castilla, sino que estarán y las tendremos - recuerdo las palabras exactas - como cosa incorporada y metida en ella, y, si necesario, de nuevo las incorporamos y metemos."

PONCE.- ¿Qué pretendéis probar?

FRAY ANTONIO.- A sólo veintiséis años del descubrimiento, España nos incorporó para siempre, como iguales, sin alegar falta de civilización ni pobreza económica.

PONCE.- Eso es elogiar la grandeza de España, no la nuestra.

FRAY ANTONIO.- Si queréis ejecutorias de comprensión profunda de la libertad entre nosotros, basta el rechazo que dio nuestro Concejo al nombramiento que le hizo el Rey a Juan Cristóbal Montojo para el cargo de Fiel Ejecutor. Las palabras del Concejo serán imperecederas: "Se obedece pero no se cumple." En ese momento, don Juan, allí surgió un pueblo, un pueblo altivo y bravo capaz de defender sus derechos.

PONCE.- Incorporación por un lado... Rebelión por otro... No, Fray Antonio. No se ha decidido aun nuestro destino.

FRAY ANTONIO.- Don Juan, para que no os faltase nada en el historial de vuestra vida, Sancho Velázquez fué condenado el año pasado a reembolsaros de su propio peculio el dinero que injustamente os hizo pagar cuando investigó las cuentas de la hacienda del Rey... Y lleno de terrores murió en la Cárcel de la Inquisición donde se había refugiado.

PONCE.- Eso no impide que Hernán Cortés, y no yo, sea quien esté ahora mismo conquistando la tierra que yo descubrí.

FRAY ANTONIO.- Amigo mío, si fracasáis dejaréis a vuestra familia en la miseria.

PONCE.- Ya mis hijas están casadas. Mi hijo Luis será dominico como vos. Todo cuanto me queda puedo invertirlo en ese viaje.

FRAY ANTONIO.- Os estáis quedando sólo. Beltrán ha muerto, Constanza no viene por aquí, acabáis de echar a Moreno, se marchó Juan González para la Nueva España...

PONCE.- A ganar honra también en la tierra que yo descubrí. Con treinta mil indios, por los senderos nevados de las sierras, ahora mismo carga en piezas, sobre los hombros, la armada de trece bergantines construidos en Tlaxcala con que Hernán Cortés ha de atacar el último reducto de Cuauhtemoc en la laguna de Tenotichlán. ¿Y yo? ¿Que hago yo mientras tanto? Establecer las bases del patronazgo del convento de dominicos en que ^{se} pudrirán mis huesos.

FRAY ANTONIO.- La tristeza y la desesperación os consumen. Estáis nervioso, resentido. Dadme una sola buena razón moral para esa aventura que puede resultar un suicidio.

PONCE.- Hay que poblar la Florida de modo que podáis decir misa en ella.

FRAY ANTONIO.- ¿Poblarla? En esas dos naos que tenéis en el puerto lleváis lanzas jinetas, rodelas vizcainas, ballestas...

PONCE.- Sí, con sus gafas y saetas.

FRAY ANTONIO.- Tablachinas.

PONCE.- De drago, guarnecidas de anjeo.

FRAY ANTONIO.- Cuchillos, puñales, espadas, dardos, coseletes.

PONCE.- Estañados, con sus barbotes y guardracos. Y seis arcabuces. Y dos espingardas. Es cierto. Llevo armas. No soy un ignorante en las necesidades de una expedición colonizadora como ese clérigo Bartolomé de Las Casas que ahora mismo anda por esta ciudad con un grupo de ilusos, engañados por él con la ^{promesa} ~~primera~~ de que los hará Caballeros Pardos de la Espuela de Oro, que van desarmados - totalmente desarmados - a morir sin remedio en Cumaná.

FRAY ANTONIO.- Se trata de una expedición pacífica concebida en altos ideales de convivencia y fraternización.

PONCE.- Bajo el mando de un clérigo ambicioso, jactancioso, intratable, escritor de anónimos, que nuestro Obispo Manso no debió haber ordenado nunca, porque era uno de los peores explotadores de indios en la Española y predica todavía la esclavitud de los negros.

FRAY ANTONIO.- Van a poblar.

PONCE.- A morir.

FRAY ANTONIO.- Vos en cambio vais a matar. Vais a la repetición de lo ocurrido en esta Isla. No quedan diez mil indios aquí. Los demás murieron en guerras que no provocaron, de tristeza en la esclavitud, de nostalgia en el destierro, de enfermedades que no conocían, de frustración, de la espantosa frustración de preguntarles a sus cenizas y al cielo por qué han venido a sus tierras hombres tan crueles como nosotros sin que su bárbaro dios Yukiya, ni el nuestro tampoco, les den respuesta ninguna. ¿Cuántas muertes caerán sobre

vuestra cabeza cuando vayáis a la Florida? ¿Cuántas en la Nueva España?

PONCE.- Creía que querriais convertir almas salvajes para que sea alabado el nombre de Cristo.

FRAY ANTONIO.- He visto el terrible precio que hay que pagar por ese sacno.

PONCE.- Los compadecéis a ellos, pero... ¿Y los nuestros que también mueren?

FRAY ANTONIO.- No se cancelan las muertes con muertes.

PONCE.- Los indios se mataban entre sí cuando llegamos, se robaban las mujeres, se sometían unos a otros a horribles torturas y deshonras. Es la condición del mundo, la guerra, y la condición humana el ansia de poder, la avaricia, el egoísmo. No vais a cambiar la humanidad con entregamientos y debilidades.

FRAY ANTONIO.- No mintáis.

PONCE.- ¡Fray Antonio!

FRAY ANTONIO.- No podéis engañaros con excusas en que ^{no} creéis. Amáis al prójimo. Cuando quisisteis fundar aquí un pueblo es porque tenéis fe en el ser humano. Ya está fundado. ¿Por qué no descansáis satisfecho? ¿Por qué ir a la Florida, don Juan? ¿Por qué? Soy vuestro confesor. Decídmelo francamente. No habéis dicho aún la verdad.

PONCE.- La digo siempre.

FRAY ANTONIO.- Mentisteis.

PONCE.- (Agarrándolo.) ¡Vive Dios! No agotéis mi tolerancia con un religioso, Fray Antonio.

FRAY ANTONIO.- Estéis actuando como un cobarde.

PONCE.- ¿Por que no os aplasto?

FRAY ANTONIO.- Porque no os atrevéis a decir la verdad. Desafiáis a los indios y huís de la verdad.

PONCE.- ¿Cuál es la verdad?

FRAY ANTONIO.- Decidla.

PONCE.- ¿Cuál es? ¿Cuál?

FRAY ANTONIO.- Estéis evadiendo enfrentaros con la verdad de vuestro viaje, la verdad de no querer siquiera demorarlo.

PONCE.- ¿Cuál? ¿Cuál es la verdad?

FRAY ANTONIO.- La Fuente. No es la Florida lo que os preocupa. No es Yucatán. No es San Juan de Ulúa. No es Hernán Cortés. Ni Garay. Ni Alaminos. No es Cuauhtemoc. No es Cristo. Es la Fuente. La Fuente de la Juventud.

PONCE.- ¡Pues sí! ¡Sí! Es la Fuente. No voy por más tierras. No por más oro. No por más sacrificio. Voy a buscar la Fuente.

FRAY ANTONIO.- ¿Sólo a eso?

PONCE.- ¿Qué más pretendéis averiguar?

FRAY ANTONIO.- ¿Vuestra ruina económica, acaso la muerte, por una leyenda absurda?

PONCE.- Tiene que existir la Fuente.

FRAY ANTONIO.- ¿Optimismo tan grande a vuestra edad? No. Estáis desesperado.

PONCE.- ¡Ah! Entonces, ¿negáis que voy por la Fuente?

FRAY ANTONIO.- No os daré la absolución cuando muráis.

PONCE.- Estáis loco.

FRAY ANTONIO.- No habrá absolución. Registrad vuestro corazón y arrepentíos.

PONCE.- No conseguiréis arredrarme. Mi vida es limpia como una espada. Yo buscaré y hallaré la Fuente. Tengo que hallarla. Es ya el único propósito de mi vida. (Se escucha la risa de Constanza.)
Cid. ¡Todavía ríe esa mujer!

FRAY ANTONIO.- Yo habría de avisaros de su visita. No me ha esperado en casa.

PONCE.- ¿A qué viene? Hace años que sólo la veo en la iglesia y no le hablo. No la quiero aquí.

FRAY ANTONIO.- ¿Por qué, don Juan? ¿Porque se casó con Beltrán sin esperar vuestro regreso de San Juan de Ulúa? ¿Porque se fué en busca de oro sin vuestro permiso? ¿Porque en el Daguao los indios le mataron a su hijo y a Beltrán?

PONCE.- Decidle que no la quiero aquí.

FRAY ANTONIO.- Yo mismo le mandé que viniera.

PONCE.- ¿A qué?

FRAY ANTONIO.- A decirnos adiós.

PONCE.- ¿Porque se voy?

FRAY ANTONIO.- Porque se va ella. (Constanza ríe. Luego entra.
Fray Antonio se escurre y sale.)

CONSTANZA.- Don Juan, vine a despedirme.

PONCE.- Ya lo se.

CONSTANZA.- Embarco para Santo Domingo.

PONCE.- Lo supongo.

CONSTANZA.- ¿Por qué?

PONCE.- Allá está Martín de Cuéllar.

CONSTANZA.- ¿Sabíais que...?

PONCE.- Os ví juntos en la Iglesia muchas veces mientras estuvo aquí.

CONSTANZA.- Es Capitán, rico, noble...

PONCE.- Y hermoso y joven.

CONSTANZA.- Me ha escrito de La Española.

PONCE.- Lógico.

CONSTANZA.- Me llama para casarse conmigo. Lo amo. Lo amo ciegamente. Por primera vez amo en mi vida.

PONCE.- ¿Primera?

CONSTANZA.- Unica vez.

PONCE.- ¿Y Beltrán?

CONSTANZA.- No lo amé nunca.

PONCE.- Era un cobarde, pero murió heroicamente. No pudo salvar a su hijo ni se ocupó de salvarse él. Te salvó a ti, creyendo que lo amabas.

CONSTANZA.- Mi tío me pidió que me despidiera de vos.

PONCE.- Y tú, obedeciste. ¿Por primera vez también? ¿Unica vez?

CONSTANZA.- Nunca os ví tan triste.

PONCE.- Yo también quiero despedirme. También me voy.

CONSTANZA.- He oído decirlo.

PONCE.- Sólo esperaba las bodas de Isabel y de María. Dirán que

por impaciencia en marcharme casé a María de sólo catorce años y a Isabel, enferma, con un viejo que me falló en favor el pleito contra Velázquez.

CONSTANZA.- Estáis por encima de las murmuraciones.

PONCE.- Voy a la Florida y a Bimini. ¿No recuerdas tus propias voces? "Id a Bimini, don Juan. Bimini. Bimini. Sed joven como Beltrán."

CONSTANZA.- Sí. Recuerdo.

PONCE.- Yo era joven todavía cuando me conociste y te produje risa. Ahora ya mi hija Juana me ha dado mi primer nieto. Estás delante de un abuelo. Mira mis canas. ¿Por qué no ríes ahora?

CONSTANZA.- Las edades no siempre corren paralelas, convergen. Tengo veintiocho años, pocos menos que los que teníais entonces. La muerte de mi hijo me agregó diez más. Cuando os conocí era una chiquilla.

PONCE.- Y reíste.

CONSTANZA.- Tal vez mi risa fué una defensa inconsciente por temor a amaros. Me deslumbraba vuestro prestigio.

PONCE.- Por defensa, un reto... un reto pueril... Risa... ¿huído en la selva para ahuyentar el miedo... o para despertar los jaguares que duermen?

CONSTANZA.- Tan triste y amargado como estáis no podréis hallar la Fuente.

PONCE.- ¿Lo vedas tú?

CONSTANZA.- No hallaréis la Fuente sin fe. Y la fe es alegría.

PONCE.- La entiendes de un modo diferente ahora.

CONSTANZA.- Es candor... Inocencia... La misma inocencia con que yo reía entonces de vos.

PONCE.- No hay inocencia ni en la defensa ni el reto.

CONSTANZA.- Vos lo llamasteis un reto pueril. Lo pueril es inocente.

PONCE.- ¡Inocencia, tía! ¿Es eso lo que vas a darle a tu primero y único amor? ¿Inocencia? Mala memoria tienes, Constanza. Recuerda la noche que fui a tu casa del Daguao.

CONSTANZA.- La recuerdo.

PONCE.- Me presenté en la alta noche precipitadamente buscando a Beltrán, que yo no sabía que perseguía a los caribes por la sierra.

CONSTANZA.- Y en un momento de locura - ¡de sinceridad! - os tendí mis brazos y me rechazasteis. Pero no, no era amor. Lo he pensado y no era amor. Había ya pasado el momento de amaros. Era el deseo de igualarme a vos que estabais tan alto; ser, sobre vuestro prestigio, la Reina. Que me reconocierais como mujer. Haceros mi esclavo. Que me amarais sin que yo os amara. Dios me castigó, don Juan. En la mañana los Caribes mataron a Beltrán y a mi hijo. No tenéis que seguirme despreciando.

PONCE.- ¿Por qué no se lo cuentas a Martín?

CONSTANZA.- Se lo he contado a mi confesor y el vuestro.

PONCE.- ¿Todo?

CONSTANZA.- Todo.

PONCE.- Fray Antonio te escucharía asombrado,

CONSTANZA.- Me perdonó.

PONCE.- Pero se niega a perdonarme a mí, que luché y sufrí, que di oro y tierras al Rey, que propagué la fe... Que en el servicio de los demás he envejecido. Y no te desprecio. Mi tragedia es que no puedo despreciarte.

CONSTANZA.- Repagad vuestros viajes por la Fuente, don Juan. La primera vez la buscasteis solamente por el placer de demostrarme vuestra juventud.

PONCE.- Era la aventura y el absurdo.

CONSTANZA.- Luego la buscasteis para rejuveneceros en ella.

PONCE.- Era la ilusión y la esperanza.

CONSTANZA.- Pero no la hallasteis. Otros se apoderaron de lo que descubristeis. Aun la realización de vuestro segundo viaje la negaron. Os quedasteis olvidado y solo. Y entonces fué que rechazasteis mi amor. ¿Por qué, don Juan? Beltrán era joven y hermoso y me aceptó. Martín de Cuéllar es hermoso y joven y me acepta. ¿Por qué me rechazasteis? ¿Por la ley? ¿Por la lógica? ¿Por la moral?

PONCE.- Por Lecnor.

CONSTANZA.- Y ella ha muerto. El pasado ha muerto. Estáis solo, espantosamente solo. Y yo no puedo amaros ya, porque en los brazos de Martín me di cuenta de que no os amé nunca.

PONCE.- ¿Por qué has venido entonces a despedirte?

CONSTANZA.- Fray Antonio quiso que consiguiera vuestro perdón.

PONCE.- ¿Qué debo yo perdonarte?

CONSTANZA.- La influencia que ejercí en vuestra vida.

PONCE.- ¿La búsqueda de la aventura, el absurdo, la ilusión, la esperanza?

CONSTANZA.- Vuestro viaje de ahora. ¿Por qué vais tras la Fuente ahora? ¿Por qué vais ahora, don Juan?

PONCE.- ¿Tengo que decírtelo?

CONSTANZA.- No. Lo sé. Es a vos mismo a quien debéis decir^{lo}.

PONCE.- ¿Fray Antonio lo sabe?

CONSTANZA.- Sabe que estáis cansado, decepcionado, destruido, viejo.

PONCE.- ¿Y por ese motivo voy tras la Fuente?

CONSTANZA.- Vais por frustración, por odio, por envidia, por miedo.

PONCE.- ¿Yo?

CONSTANZA.- Miedo a la alegría y el amor y la juventud de los demás.

PONCE.- Te burlas. Es tu burla final contra mí.

CONSTANZA.- ¿Si estoy sufriendo!

PONCE.- ¿De pena? Ríe, ríe. Es momento de reír. ¿Por qué no ríes?

CONSTANZA.- (A Fray Antonio, que entra.) No me perdonará ya nunca.

PONCE.- Nada tengo que perdonar.

FRAY ANTONIO.- Es ya tarde para vos, don Juan. Mirad el mundo alrededor. Es un mundo conmovido por ansias de renovación. Un nuevo orden está naciendo. Siempre nace un orden diferente. El Bosco

pinta cuadros locos. Erasmo elogia la locura. Lutero en el colmo de la demencia quema públicamente la Bula con que Su Santidad lo excomulga. Victoria pretende reglamentar las naciones, Copérnico cambiar las leyes del sol. Los Comuneros se sublevan asegurando que cada uno de ellos vale tanto como el Rey y juntos más que el Rey. ¿Y vos? ¿Con qué estáis soñando, don Juan? ¿Con nuevas tierras, como decíais? ¿Con más honra y más oro como quisisteis hacerme creer? No. ¿Con la maravilla de una Fuente milagrosa? Tampoco. Os arruináis en un viaje postrero por saciar una venganza contra la vida porque os ha hecho viejo mientras Constanza sigue joven. Os sentís frustrado porque la vida se renueva y sigue mientras vos os quedáis atrás en el tiempo y la alegría. Porque Constanza ama. Vuestra obra está terminada. Sólo queda de vos lo que ha de quedar en la historia - vuestro nombre y vuestro recuerdo. Lo que es espíritu.

CONSTANZA.- No vayáis, don Juan, no vayáis.

PONCE.- Antes me insistías en que fuese.

CONSTANZA.- Os lo imploro.

PONCE.- Implórale a Martín.

CONSTANZA.- No vayáis, don Juan. La razón de vuestra empresa asegura su derrota. Vais a vuestra muerte. La presiento, La estoy mirando. Os estoy viendo muerto.

PONCE.- Hay que serleales a nuestra vida y a nuestra muerte. Ocupate de Martín. ¿Crees que no lo se? A él también le ofreciste una noche tu locura y tu sinceridad. Vas a tener un hijo suyo. ¡Lárgate! ¡Lárgate! (Constanza sale llorando, pero ya Ponce se ha

vuelto a Fray Antonio.) ¿Queríais mi secreto? Ya lo tenéis. Voy por
la Fuente... por el placer de envenenar sus aguas... (Nota que Cons-
tanza ha salido y la llama con voz estentórea.) ¡Constanza!
¡Constanza! (Tristemente, seguro de que Constanza no volverá.)
Constanza... amargaste mi vida... (Casi para sí mismo, con rabia.)
¡Maldita seas!

IX

Epilogo

Julio, ^{1521.} ~~1522.~~ Hospital en La Habana.

FRAY DOMINGO.- (Se escuchan dobles de campana.) ¿Viste si estaban los dos barcos en el puerto?

ALDONZA.- Se fueron, Fray Domingo.

FRAY DOMINGO.- ¿Entonces por qué tardan tanto Fray Antonio y ese moribundo en la galería?

ALDONZA.- El moribundo sigue buscándolos con los ojos, empeñado en que no pueden haberse ido. Pero yo los vi ayer, y ahora miré desde la galería. No están. Ese hombre se le va a morir a mi tío en los brazos ahí afuera.

FRAY DOMINGO.- No me explico su resistencia. La gangrena le ha comido medio cuerpo y él se levanta de su lecho de muerte, se viste y se empeña en salir a la galería a ver el puerto. No puede ser Ponce de León. Esos dobles de campana deben de ser precisamente por el entierro del verdadero Ponce. Anda y asegúrate. Quiero saber a quien entierran.

ALDONZA.- ¡Qué ridículo! ¡Empeñarse ese viejo en que es Ponce de León! (Sale riendo.)

PONCE.- (Entrando con Fray Antonio.) ¿Rie Constanza?

FRAY ANTONIO.- Venid, hermano. Descansad. Ya habéis visto que los dos barcos han partido.

PONCE.- Me oyeron hablar de llegar a la tierra en que pelea

Hernán Cortés. A reclamar mis derechos. Seguramente se han ido a ayudarlo. Me han dado por muerto. Quizás tengan razón. Se llevan mis espingardas, mis tablachutas, mis peveses.

FRAY ANTONIO.- (A Fray Domingo.) Ayúdame con él. No se cómo puede sostenerse. Le arde de fiebre la frente. ¿Os molesta la pierna, hermano?

PONCE.- No la siento.

FRAY DOMINGO.- Debieron curaros la herida con aceite hirviendo.

FRAY ANTONIO.- Se la quemaron a bordo con un hierro candente. He visto a algunos morir como locos arrastrándose por el suelo con el veneno de las flechas enherbeladas de los indios. Pero ésta parece que era de las mojadas en malos humores para que muera lentamente la víctima. Descansad un rato, hermano, tratad de dormir.

PONCE.- ¿Sabéis quién soy?

FRAY DOMINGO.- Sí, sí, don Juan Ponce de León.

PONCE.- Pues no me pidáis que descansé. Si he de morir, que sea de pie. ¿No están los barcos en la bahía?

FRAY ANTONIO.- Ya lo visteis. No están. Se fueron.

PONCE.- Se fueron con ellos mis medios de encontrar la Fuente. ¿Por qué me negasteis la absolución?

FRAY ANTONIO.- ¿Yo? No. Yo no. Vos habéis contado que otro Fray Antonio, que no soy yo, amenazó negárosela.

PONCE.- Vos.

FRAY ANTONIO.- No.

PONCE.- Vos. No me habéis dado la absolución. Os exijo que es

retractéis.

FRAY ANTONIO.- Por favor, deliráis. Hace tres días que deliráis.

PONCE.- ¿Cuál fué mi pecado? Dejé mi sitio de honor en Sevilla. Las tropas. La nobleza. Para meterme, gobernando a un piloto, en la flota de Cristóbal Colón en su segundo viaje. Cuatro naos y trece bergantines hacia las Indias fabulosas y mil écientos hombres. Y a esta aventura lo sacrificué todo. En esos dos barcos que estaban en la bahía usé toda la fortuna que me quedaba. Y luego la vejes. Que se burlen de mí los jóvenes. Pero no los hombres, de frente.
(Llamando.) ¡Constanza! Juventud, egolatría.

FRAY DOMINGO.- No os excitéis, don Juan.

PONCE.- Los muertos no se excitan y yo estoy muerto. Se llevaron mis naves. Mis hombres verán a Juan González en la Nueva España. El habría de ayudarme a quitarle el mando a Cortés. En aquella tierra creía que podría estar la Fuente.

FRAY DOMINGO.- Olvidad a Cortés. Estéis mal herido. Agraváis vuestra condición.

PONCE.- En la playa de la Florida nos atacaron los indios al pedirles que fueran buenos vasallos del Rey. Allí también creía que podría estar la Fuente. Flechas y macanas y cuchillos. Estalle entre los árboles y la hierba, sobre la arena, en el agua. Nos contaban las anclas para robarnos los barcos. Mataron a mi sobrino Hernán. Tuvimos que sepultar su cadáver en el Mar Oceano.

FRAY ANTONIO.- (A Fray Domingo.) Traed al físico para que lo sangre. (Sale Fray Domingo.)

PONCE.- Yo sólo buscaba la Fuente de la Juventud.

FRAY ANTONIO.- No existe.

PONCE.- Sólo la niegan quienes no tuvieron nunca a quien amar. Cuando se seca, se seca también el mundo. No podéis apresar el arco-iris con las manos. Ni la fragancia de una flor. Ni el canto de un pájaro.

FRAY ANTONIO.- En cuanto a eso, tampoco el consuelo de Cristo.

PONCE.- ¡Ni la Fuente! ¡Y yo quise envenenarla! La busqué en Bimini y estaba en mi alma. (Llama.) ¡Constanza! ¡Constanza! (Comenta.) ¡Ah, Constanza! ¡Juventud, crueldad, egolatría!

FRAY ANTONIO.- Pero ya nos relatasteis que Constanza lloró. ¿No os sentisteis joven al ver sus lágrimas?

PONCE.- Me sentí como debía sentirme - joven y cruel. Llegaba al fin mi vindicación y mi venganza. ¡Y después vacío! Había llorado por los dos. ¡Era mi triunfo y mi derrota!

FRAY ANTONIO.- Venid a acostaros.

PONCE.- No. (Fray Antonio lo invita a sentarse.) Ni quiero sentarme. No me humilló la vida. No me va a humillar la muerte. Y la vida no pasa. Se queda. Permanece como un reflejo en el agua serena del recuerdo. Veo a Sevilla, veo al Higley, veo a Leonor. Leonor. Leonor. Sus ojos. Sus labios. Dulce y preciosa y joven. Vuelve la juventud mientras el corazón navega en las aguas profundas del recuerdo. Escuchad esa risa. Escuchadla. (Realmente no se escucha.)

FRAY ANTONIO.- No la oigo.

PONCE.- Es clara. Fuerte. Escuchadla. Constanza se burla.

(Cae pesadamente en una silla.)

FRAY DOMINGO.- (Entrando.) ¿Un síncope? Ya viene el físico.

FRAY ANTONIO.- Se ha derrumbado como un roble... Escuchando una risa burlona imaginaria.

ALDONZA.- (Entrando.) El hombre que están enterrando era solamente uno de los marineros.

FRAY ANTONIO.- Pero, entonces, ¿y Ponce de León?

ALDONZA.- Dicen que debe de ser ése.

FRAY DOMINGO.- ¿Cómo que debe de ser ése?

ALDONZA.- Creen que está aquí y de estar aquí debe de ser ése.

(Despectiva.) ¡Adelantado de la Florida y Bimini!

FRAY DOMINGO.- (A Fray Antonio, luego de reaccionar contra Aldonza.) Yo en la lápida de su sepulcro escribiría: *Mole sub hac fortis requiescunt ossa Leonis, qui vicit factis nomina magna suis.*

FRAY ANTONIO.- Ponedlo en romance.

FRAY DOMINGO.- Aqueste lugar estrecho
Es sepulcro del varón
Que de nombre fue León
Y macho más en el hecho.

ALDONZA.- Pero... ¿es él realmente?

FRAY DOMINGO.- Anda a decirles que vengan a determinar si es de veras don Juan Ponce de León, Adelantado de la Florida y Bimini, quien se está muriendo. (Sale Aldonza.)

FRAY ANTONIO.- ¡Don Juan! Reacciona, don Juan. (A Fray Domingo.) El físico no llegará a tiempo.

FRAY DOMINGO.- Se mueve aún. Trata de decirnos algo.

FRAY ANTONIO.- Decídse, don Juan. Hablad.

PONCE.- (Se escuchan campanas muy lejanamente.) ¿No oís repiques de campanas celebrando mi gloria? (Los frailes no las oyen.) ¿No percibís fragancia de azahares en el aire? (Se levanta a pesar de los esfuerzos de los frailes.) Avisadle a Leonor. Llamad a todos. Que vengan. Estoy viendo la Fuente. (Los frailes bregan con él suavemente.) Dejádse ver la Fuente. (Se hunde otra vez en la silla. La Fuente empieza a iluminarse y cobrar vida a espaldas de los frailes.)

FRAY DOMINGO.- ¡Pobre hombre! La fiebre lo engaña y martiriza.

FRAY ANTONIO.- No. Descubre en estos momentos nuevos mundos. Está viendo en realidad la Fuente, la única verdadera Fuente que renova.

FRAY DOMINGO.- Absolvedlo, Fray Antonio, absolvedlo pronto, que se muere. Desde lo profundo os lo ruego.

FRAY ANTONIO.- Sacrificó su vida a un sueño. Está absuelto. Lo recibirán los mártires y el Señor le dará el descanso eterno y la luz perpetua. Digamos por su alma, hermano, la plegaria de los conquistadores. (Hincados los dos, frente a una imagen religiosa, empiezan la plegaria, coreada, que se prolonga hasta el final de la escena.) Domine Deus aeternae et omnipotens, sacro tuo verbum coelum, et terram, et mare creasti; benedicatur et glorificetur nomen tuum, laudetur tua majestas, quae dignita est per humilem servum tuum, ut ejus sacrum nomen agnoscat, et predicatur in hac altera mundi parte. *

(Traducción: Señor Dios eterno y omnipotente, santificada sea tu palabra en el cielo, y la tierra, y el mar que creaste; bendito y

glorificado sea tu nombre, alabada tu majestad, cuya dignidad con humildad te servimos, así como sea tu sacro nombre reconocido, y predicado aquí en este otro lado del mundo.)

(Mientras ellos oran, Aldonza entra y se queda sumida en un humilde homenaje silencioso. Dobles de Constansa y Lorenza entran y se le unen. El resplandeciente espíritu de Leonor se hace visible. Ponce va a ella, llamándola: "¡Constansa, Constansa!" y ambos desaparecen juntos. La Fuente, que se ha movido hacia adelante, está en todo su esplendor. Y todo se disuelve entre crescendos de órgano.)

Recinto de Rio Piedras
Universidad de Puerto Rico
Facultad de Humanidades
Bachillerato de Estudios Interdisciplinarios
Seminario Multidisciplinario José Martí González